n.º 136,

11254

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

UNA MUJER DE HISTORIA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA.

Ortiz

MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1857.

8

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	V. de Martí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Prado.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	Saenz Falceto.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Gutierrez.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Sanz Crespo.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Charlainy Fernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idaigo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Zara y Suarez.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Hermanos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Menses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	Móles.
Valladolid.	Hernainz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Magin Beltran y compañia.
Ubeda.	Treviño.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	V. Andrés.

UNA MUJER DE HISTORIA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

ESCRITA SOBRE OTRA DE UN AUTOR FRANCES,

POR

Don Manuel Ortiz de Pinedo.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUUEZ, FACTOR, 9.
1857.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL DUQUE DE MONTEVERDE.	D. JOAQUIN ARJONA.
D. CARLOS DE PIMENTEL....	D. VICTORINO TAMAYO.
D. FERNANDO DE SANDOVAL	D. JOSÉ M. GARCIA.
D. BERNARDO DE PLAZA, hermano de varias cofradias....	D. N. SERRANO.
EL TIO JUAN, jardinero.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
CAROLINA, hermana del Duque.	D.ª TEODORA LAMADRID.
LUISA, su hija.....	D.ª MERCEDES BUZON.
SOFIA, condesa viuda del Espino.....	D.ª AMALIA GUTIERREZ.
EUSEBIA, criada de la anterior.	»
EUGENIA } Amigas de la Condesa.....	»
CLARA.. }	»
UN SECRETARIO.....	»
UN CRIADO.....	»

La escena pasa en Madrid en 1854.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la galeria lírico-dramática EL TEATRO, *son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.*

ACTO RRIMERO.

Un gabinete amueblado con sencillez: á la izquierda un tocador con espejo grande: enfrente un reclinatorio. Puertas en el fondo y á los lados.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA, *mirándose al espejo colocado frente al reclinatorio.*

¡Qué mal peinada estoy!... Esta pobre Eusebia se va poniendo muy torpe... Pero es menester aguantarla tal como es: otra mas avisada podria sospechar... (*Se alisa los cabellos y se arregla los pliegues de la bata, de manera que resalte mas la elegancia de su talle. Se oye sonar una campanilla.*) ¡Hola! llaman: alguna visita. (*Se arrodilla delante del reclinatorio*)

ESCENA II.

SOFIA, FERNANDO DE SANDOVAL.

FERN. (*Sonriéndose con malignidad.*) Señora...

SOFIA. ¡Ah! (*Ap.*) ¡Qué hombre! Paciencia. (*Alto y yendo hácia él.*) ¿Cómo está el Duque?

FERN. (*En el mismo tono.*) Mal.

SOFIA. ¿Sufre mucho?

672619

FERN. Como un condenado.

SOFIA. ¿Se fastidia?

FERN. No tanto como debiera y como usted merece.

SOFIA. Su hermana estará á su lado y le hablará de mí, ¿eh?

FERN. Lo que es delante de mí... Si; ahora recuerdo que ayer dijo, dando mucha intencion á sus palabras, que aborrecia á las hipócritas.

SOFIA. ¿A eso llama usted hablar de mí?

FERN. No, es posible que lo dijera por otra; pero yo soy tan cándido... que he cometido la torpeza de creer que fué á usted á quien quiso referirse.

SOFIA. ¿La madre y la hija siguen yendo todas las noches á casa del Duque?

FERN. Todas, desgraciadamente.

SOFIA. ¿Y por qué desgraciadamente?

FERN. Porque oyendo murmurar á su hermana, que es muy picante, y contemplando á su sobrina, que es muy linda, el pobre gotoso empieza á distraerse; y la ingeniosa ausencia de usted...

SOFIA. ¿Mi ingeniosa ausencia?

FERN. Se va haciendo sentir cada vez menos: el Duque estuvo ayer embelesado todo el dia con su sobrina. ¿Ya sabrá usted que trata de casarla?

SOFIA. (*Con intencion.*) No la casará tan fácilmente.

FERN. ¿Por qué?

SOFIA. Se cuenta cierta historia...

FERN. ¡Una niña tan tierna calumniada ya!

SOFIA. ¡Pobre chica, educada con tanto descuido!

FERN. ¡Descuido! Si su madre no la ha abandonado un solo dia.

SOFIA. Puede ser; pero la historia no dice que la cosa pasó de dia.

FERN. ¡Una aventura nocturna de Luisita! ¡Qué desatino! A su edad la noche se pasa durmiendo: ni una serenata seria capaz de despertarla. ¡Imposible! En lo que usted debe pensar es en que si el Duque tiene mucho tiempo á su lado á una niña tan cariñosa, no pensará gran cosa en casarse con usted.

SOFIA. Eso me alarma muy poco.

FERN. La influencia de la niña crece de dia en dia: cada vez la halla mas encantadora, y yo soy de su opinion.

SOFIA. ¿De su misma opinion? Como que le llaman á usted el eco del Duque.

FERN. Será su hermana quien me habrá dado ese mote... ¡Oh! es muy maligna. Ella es quien le ha puesto á usted la hipócrita.

SOFIA. Envidia pura; porque tengo por amigas á todas las hermanas de las sociedades de beneficencia.

FERN. Pero convengamos, Sofia, en que el mote no puede ser mas propio. Entre nosotros debe de haber franqueza, debe cesar la comedia; y suponiendo que estamos en un entreacto, yo me permitiré dudar un poco de la religiosidad y de la viudez de la Condesa del Espino, y creer muy mucho en el ingenio y en la audacia de la graciosa Sofia.

SOFIA. (*Irritada.*) Señor de Sandoval, hemos convenido en que no tocará usted nunca ese punto.

FERN. Perdone usted, pero yo no he sido el agresor. Me ha hablado usted de mi mote y la he recordado el suyo. Si yo soy el eco del Duque es por órden de usted. (*Acerca una silla y se sienta cerca del sofá donde está la Condesa.*) Por otro mandato de usted, yo, hombre ingenioso, me he convertido en tonto. Y por cierto que estoy contento con el cambio: cuando tenia ingenio nadie hacia caso de mí, y ahora que parezco un tonto grave me consideran, me escuchan y me toman por una persona séria. ¡Oh! los tontos forman en la sociedad una mayoria respetable. Pero ya que paso por imbécil, es decir, por hombre grave á todas horas, permítame usted que haga uso de mi ingenio siquiera cuando nos encontramos á solas. Considere usted que tengo que volver al lado del Duque.

SOFIA. El Duque es una persona instruida. Ha viajado mucho.

FERN. ¡Oh! si á él le hubieran cansado tanto sus viajes, como á mí la relacion de ellos, de seguro que no hubiera emprendido mas que el primero.

SOFIA. ¡Tan tonto es!

FERN. Tonto no... Figúrese usted, que es duque, y ademas ha sido embajador.

SOFIA. Siempre epigramático.

FERN. Ó lo que es lo mismo siempre verdadero. Pero hablemos seriamente. Hace un año que entabló usted amistad con el Duque y que se mudó á este cuarto con la intencion de casarse con él: el asunto marcha hasta ahora á pedir de boca; pero hace quince dias que us-

ted no vé á su vecino. Esto, podrá ser ingenioso, pero creo que no debe prolongarse la ausencia ni un dia mas. Pocas veces ha tenido usted mejor pretesto para visitarle: lleva diez dias enfermo. Vamos, ¿cuándo irá usted á verle?

SOFIA. Dentro de dos ó tres dias.

FERN. ¿Dos ó tres dias? me parece mucho. Confia usted demasiado en la fidelidad de los viejos. La fidelidad es un lujo de la juventud, que tiene mucho tiempo que perder. La gota es ademas la peor enfermedad para escapar á las seducciones. Los que tenemos las piernas buenas, podemos zafarnos fácilmente. ¿Mas cómo huye al ver una mujer hermosa un hombre que tiene que apoyarse en su muleta? Créame usted, es un cálculo falso. Una mujer debe huir de un hombre cuando ese hombre puede seguirla, pero cuando la gota le tiene clavado en un sillon, debe buscarle. Yo sospecho que tiene usted algun motivo para obrar como obra.

SOFIA. Lo ha adivinado usted. He tenido un encuentro que me inquieta. Ayer cuando salí como todos los dias á visitar á mis pobrecitos enfermos....

FERN. ¡Por Dios, no se chancee usted conmigo!

SOFIA. ¡Cómo! usted no cree que yo salí ayer...

FERN. Lo de la salida si; vaya si lo creo: lo que yo dudo es lo de los pobrecitos enfermos, ó por mejor decir, que los enfermos fueran pobrecitos y que los pobrecitos estuvieran enfermos.

SOFIA. Siempre burlándose de mi caridad, de mi devocion... Pero esa hermana del Duque, esa Carolina que tanta admiracion le causa á usted, es tan devota y tan caritativa como yo.

FERN. Si; pero de otro modo.

SOFIA. Tambien ella pertenece á la Congregacion de las Siervas de Maria.

FERN. Si, pero de otro modo; ella es devota para sí misma y usted lo es para los demas.

SOFIA. ¿No oye misa todos los dias, como yo?

FERN. La oye si; pero no dice á nadie, vengo de misa: mientras que usted dice á todo el mundo, vengo; y yo no estoy muy seguro de que usted haya ido.

SOFIA. (*Levantándose indignada.*) Caballero, esa insolencia con que usted me trata se va ya haciendo insoportable.

FERN. Convenido, señorita, digo mal, señora Condesa, que debe ser muy fastidioso cuando se posee una virtud inmaculada, tener por confidente á un filósofo cínico que no cree en las apariencias.

SOFIA. ¡Caballero!

FERN. Un sujeto demasiado franco que recuerda á usted de vez en cuando cierto secreto...

SOFIA: Pero yo no le recuerdo á usted el suyo.

FERN. Es cierto; no lo dudo; pero yo no me desmiento, no hago el hipócrita con usted: no la oculto mis defectos ni mis vicios. Cuando la encuentro sola, me presento tal como soy, como un actor que entra en su cuarto de vestir. Sea usted justa, Sofia; si yo viniese á hablarla á usted todos los dias de mi prudencia, del órden en que tengo mis negocios, de mi horror invencible al juego... un dia la faltaria á usted la paciencia y me diria: «Caballero, esa prudencia no le ha librado á usted de arruinarse dos veces en la bolsa, de perder su fortuna al juego, de contraer quince mil duros de deudas á diestro y siniestro, y de los cuales me debe usted á mí ochenta mil reales.» Usted me diria todo esto, ¿no es verdad? Pues bien, cuando yo la oigo hablar usted de su virtud, me pongo malo de los nervios, me exaspero. Preferiria que me dijese usted mil injurias.

SOFIA. Pues por mi parte, Fernando, yo no me exasperaria si le oyese á usted hablar de su prudencia y de su templanza.

FERN. (*Ap.*) ¡Bah! ya no se contenta con ser ella hipócrita, quiere que lo seamos todos.

SOFIA. Por lo demas, yo no me inquieto por mis ochenta mil reales. Estoy segura de que usted me los devolverá cuando...

FERN. Sin duda alguna, señora, y entre tanto mi esclavitud le servirá á usted de réditos. Puede usted disponer de mí á todas horas; mi habilidad y mi ingenio estan á sus órdenes. Ademas me veo tan interesado como usted en su casamiento con el Duque. Llevada usted del deseo natural de cobrar su deuda me sacará un buen empleo, y ambos saldremos de la viudez. Asi confiemos el uno en el otro, y en cuanto al secreto que la casualidad me ha revelado, puede usted estar tranquila que jamás...

SOFIA. ¿Pero á qué llama usted mi secreto? ¿No tengo yo todas las pruebas legales de mi viudez?

FERN. Las legales si, pero hay otras que aunque no estan extendidas en papel sellado...

SOFIA. Calle usted, calle usted: si podemos estar unidos por la amistad, ¿á qué hemos de vernos enlazados por un odio recíproco. Ea, hagamos las paces. (*Le alarga la mano.*)

FERN. (*Tomándola.*) Bueno, pero...

SOFIA. Silencio. (*Al ver entrar á Eusebia.*)

ESCENA III.

DICHOS, EUSEBIA.

EUSEB. El arquitecto del señor Duque ha venido á decirme que cuando la señora no esté en casa, se permitirá ver la habitacion...

SOFIA. ¡Con qué objeto!..

EUSEB. Segun parece, el señor Duque piensa indicar á la señora que se mude al cuarto inmediato al suyo, porque en este quiere que viva su sobrina luego que se case. Y como la boda se celebrará tan pronto...

SOFIA. Bien, bien.

EUSEB. El arquitecto me encargó que no manifestase á usted nada; pero yo he creido...

SOFIA. Has hecho bien, mi buena Eusebia. Ea, anda á tus quehaceres.

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* EUSEBIA.

SOFIA. ¿Pero cómo no me ha dicho usted que el casamiento de Luisa era una cosa tan cierta y tan próxima? ¿De qué le sirven á usted esas contínuas entradas y salidas en casa del Duque?

FERN. Yo creí en primer lugar, que ese suceso debiera importarle á usted muy poco, y en segundo que usted tenia las mismas noticias de la boda que yo.

SOFIA. Pues no las tengo, y ademas es para mí un suceso gravísimo. ¿Y cómo se llama el novio?

FERN. Don Carlos de Pimentel, hijo del general...

SOFIA. (*Con disimulada sorpresa.*) ¡Pimentel! ¿Está usted seguro? (*Ap.*) ¿Si será el mismo?

FERN. ¡Vaya si lo estoy! (*Ap.*) Diablo, y cómo se ha conmovido. ¿Será este otro secreto? ó alguno de sus pobrecitos enfermos.

SOFIA. (*Muy preocupada.*) ¿Pertenece á la carrera diplomática?

FERN. Si; acaba de servir en una legacion de Italia.

SOFIA. ¡De Italia! (*Ap.*) ¡Qué dudo! ¡Quién otro puede ser!

FERN. Me parece que le preocupa á usted mucho el nombre de ese caballero. Es un bello sujeto.

SOFIA. Le conocí en Aranjuez el año pasado y no me merece el mismo concepto que á usted... Lejos de eso... En fin, es una historia de que enteraré á usted mas adelante.

FERN. (*Ap.*) Ahora creo que debe ser mejor sujeto de lo que á mí me parece.

SOFIV. Lo que me interesa en este instante, es que vaya usted á casa del Duque y se entere con habilidad del dia de la boda.

ESCENA V.

DICHOS, EUSEBIA.

EUSEB. El señor D. Bernardo Plaza desea ver á la Señora...

SOFIA. ¡Ah! El presidente de la Buena Obra. Dile que pase y que espere aqui un momento mientras voy por las cuentas del último trimestre.

FERN. La dejo á usted en compañia de ese santo baron entregada á sus obras de caridad.

SOFIA. ¡Incrédulo! Cuidado con mi encargo. (*Fernando sale por una de las puertas laterales. D. Bernardo Plaza entra por la del fondo seguido de Eusebia.*)

ESCENA VI.

EUSEBIA, D. BERNARDO PLAZA, *en traje severo.*

BERN. ¿Y cómo está la señora Condesa?

EUSEB. Algo mejor; pero siempre delicada. Cómo quiere usted

que se restablezca una persona que no vive mas que de ayunos y mortificaciones.

BERN. La Condesa hace muy mal: está muy débil, y debiera cuidarse. ¿No sabe que una mujer de sus virtudes no tiene necesidad de grandes penitencias. ¿En qué puede ella ofender á Dios?

EUSEB. En nada. Eso es lo que yo la repito sin cesar; pero no me hace caso. Al rayar el dia sale á visitar á sus pobrecitos enfermos, y como tiene tantos... (*Toma de encima de una silla un uniforme tan pequeño como el diálogo indica.*) Mire usted en lo que se entretuvo ayer.

BERN. ¿Qué es esto?

EUSEB. Una buena obra. ¿Pregúntela usted á qué lo destina?

BERN. Es una obra edificante.

EUSEB. Yo la miro como una santa.

BERN. En esa opinion la tenemos todos.

EUSEB. ¡Qué diferencia entre ella y la hermana del señor Duque!

BERN. Sin embargo: es tambien una señora excelente. Su mérito es de otro género. Su carácter es menos serio.

EUSEB. ¡Ah! Usted es muy bueno: en su boca de usted todas las personas son intachables; pero yo creo que la señora Duquesa, como la llaman sus criados, es una mujer mundana. Si por la mañana es la piedad misma, por la noche es el escándalo en persona: ¿cómo une usted esas misas que oye todos los dias, con esos bailes á que asiste todas las noches? Ni mas ni menos que mi señora la Condesa; esa si que es la virtud á todas horas. Aqui no entran mas que personas graves, hombres serios y sencillos, incapaces como usted, señor de Plaza, de levantar los ojos para mirar á una mujer.

BERN. Se dice que su señora de usted se casa con el señor Duque. Eso seria excelente para nuestra asociacion. La señora Condesa del Espino, Duquesa de Monte-verde, viceprotectora...

EUSEB. Eso se dice y yo la creo capaz de sacrificarse. ¡Ah! Es una santa.

ESCENA VII.

DICHOS, *la* CONDESA.

SOFIA. Adios, mi buen amigo...

BERN. (*Saludando.*) Señora...

EUSEB. Señora, aqui dejo el uniforme.

BERN. ¡Un uniforme!

SOFIA. Es para el mono de uno de esos pobres chicos que an dan tocando el organillo, y á quien yo protejo.

BERN. Siempre caritativa. ¡Siempre cuidando hasta de los seres mas desgraciados!

SOFIA. Déjele usted por ahi, Eusebia, para entregársele cuan-venga.

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* EUSEBIA.

SOFIA. Señor Plaza, hablemos un momento de nuestra nueva asociacion. ¿Usted cree que obtendrá el permiso del Gobierno?

BERN. Tratándose de una fundacíon piadosa... Sin embargo, buscaremos la proteccion de algun alto personaje...

SOFIA. ¿De quién?

BERN. (*Con intencion.*) Del Duque de Monte-verde, por ejemplo.

EUSEB. (*Anunciando.*) La señora y señorita de Monte-verde.

SOFIA. Ahi tiene usted á su hermana; ahora puede usted hablarla.

ESCENA IX.

SOFIA, BERNARDO, CAROLINA, *y* LUISA.

SOFIA. (*Yendo á recibirlas á la puerta.*) ¡Tanto honor! ¡Esto es una sorpresa!

CAR. Que no me debe usted agradecer, Condesa. Vengo mandada: es mi hermano quien me envia... Quiere ver á usted hoy sin falta ninguna.

SOFIA. ¿Y para qué, querida mia?

EUSEB. (*Precediendo á Eugenia y Clara.*) Pasen ustedes.

ESCENA X.

DICHOS, EUGENIA *y* CLARA.

CAR. (*A la Condesa.*) Ya diré á usted el motivo cuando estemos solas: vaya usted á recibir á sus amigas. (*Sofía conduce al sofá á Carolina y Luisa: despues va á recibir y saluda á Eugenia y Clara.*)

SOFIA. ¡Eugenia, Clara, queridas mias!

BERN. Dos hermanas de nuestra asociacion. Adios, señoras; siempre exactas cuando se trata de alguna obra piadosa.

ESCENA XI.

DICHOS, FERNANDO *vestido con severidad y hablando con el tono sentencioso de un tonto que se escucha: es menester que parezca enteramente un hombre diverso del de la escena segunda.*

FERN. Adios, señoras.

BERN. ¡Oh! Nuestro tesorero.

FERN. (*Saludando á las dos señoras.*) ¡Ah! Señoras, las guardo á ustedes mucho rencor: han llegado ustedes antes que yo. (*Ap.*) Procuremos parecer un tonto perfecto. (*Dirigiendose á Sofía.*) ¿Cómo está usted, Condesa, desde ayer que no nos vimos por última vez? Siempre sufriendo: ¿no es verdad?.. Yo habia formado el proyecto de venir hoy temprano á saber de su salud, pero me ha sido imposible realizarle hasta ahora. Soy un ingrato.

SOFIA. Pues me siento algo mejor.

FERN. Mucho cuidado con las mortificaciones, Condesa, mucho cuidado: usted está muy delicada y se ha empeñado en jugar con su salud. Yo amo mucho á Dios, y sin embargo, no me mortifico. ¡Duquesa! ¡Luisita! ¿Cómo está mi querido Duque?

CAR. Esperando á usted como siempre; tiene que referirle á usted no sé qué...

FERN. ¡Oh! Su último viaje á Suecia...

CAR. (*A la Condesa.*) Es su confidente favorito.

FERN. (*Ap.*) Es decir, su víctima preferida. (*Pasando por detrás*

del sofá donde están Carolina y Luisa; alto á esta última.) ¿Señorita, cuándo dá usted un compañero al paisaje que presentó usted el otro dia á su tio?

LUISA. Muy pronto.

FERN. ¿Cultiva usted mucho el dibujo?

LUISA. ¡Es mi pasion! (*Con aire resuelto.*)

FERN. ¡Pasion! Esa palabra me sorprende. ¿Sabe usted qué es tener una pasion?

LUISA. (*En el mismo tono.*) Tener una pasion es amar mucho, muchísimo.

CAR. ¿Qué es lo que dice esa niña?

LUISA. Mamá, digo que amo el dibujo con delirio.

CAR. Es cierto: se levanta al rayar el dia para tomar el lápiz y solo le deja al tiempo de acostarse.

SOFIA. ¿Quién es su maestro?

CAR. Cisneros.

FERN. ¡Excelente! Es todo un pintor.

SOFIA. Y un buen sujeto. (*Bajo á Carolina.*) Levantó de cascos á una de sus discípulas... Pero... se casó despues con ella... Fué una buena accion.

CAR. Pero que él no podrá ya volver á ejecutar. Ignoraba yo... y hoy mismo pienso despedirle. ¡Qué elogio ha hecho usted de él en pocas palabras!

SOFIA. Es un elogio sincero.

CAR. Mejor diria usted mortal. Condesa, si esos son los elogios que usted hace de las personas de quien se ocupa, la ruego por nuestra amistad que siempre que hable de mí sea para murmurar.

SOFIA. ¡Duquesa! por Dios no aguce usted su ingenio contra mí; le es á usted tan fácil decir un epígrama.

LUISA. (*Que anda recorriendo los cuadros con Carvajal, repara en el uniforme que está sobre una silla.*) ¡Oh! ¡Qué uniforme tan pequeño! (*A Sofia.*) ¿Me permite usted que le vea?

SOFIA. Si, hija mia.

BERN. (*Dirigiéndose á Luisa.*) Eso es una buena accion.

LUISA. (*En medio de la escena.*) Pero si esto es un uniforme para un gato recien nacido.

BERN. No, es un uniforme de húsar.

LUISA. ¿Pero qué hay húsares tan pequeños como los gatos? Serán húsares polichinelas.

BERN. No, señorita; es para un mono con el que se gana la vi-

da un pobre chico de esos que andan tocando el organillo.

FERN. (*Con enternecimiento.*) ¡Oh! Condesa, la reconozco á usted en este rasgo de caridad tan tierno como ingenioso. Usted extiende su amor á la humanidad hasta los...

CAR. (*Ap.*) Hasta los monos.

FERN. Hasta las criaturas mas pequeñas, ó hasta las mas pequeñas criaturas. ¡Cómo la va á bendecir á usted ese pobre niño!

LUISA. Pues mi mamá no entiende la caridad de ese modo... No quiere que los chicos anden por las calles abandonados... En estos dias ha recogido á uno que tocaba un arpa, y lo ha puesto en un colegio para que se eduque... ¡Y cómo lloraba cuando le llevaron al colegio!

BERN. Ese es, señorita, un género de caridad distinto. La educacion es uno de los mayores beneficios...

FERN. Perdone usted, pero siento ser de la opinion contraria... Para nosotros la educacion es un beneficio, pero para los pobres es casi siempre dañosa... En primer lugar aprenden á leer y leen... Apreden á escribir, señor mio, y se convierten muchas veces en falsificadores. ¡Y bien yo aseguro á usted que sin saber escribir no habrian podido falsificar escrituras!

BERN. Pero usted va demasiado lejos...

FERN. ¡Oh! no señor. ¡En un cuadro estadístico que yo he visto, yo Señoras, con mis propios ojos, resultaba de una manera indudable que todos los condenados por falsificacion de escrituras... sabian escribir mas ó menos!

BERN. ¡Y asi debe ser, caballero!

FERN. (*Ap.*) ¡Qué satisfecho estoy de mi papel! Parezco casi tan tonto como este señor. Está visto: es mas fácil ser tonto de lo que yo creia.

COND. (*Bajo á Carolina.*) ¿No podremos hablar un momento á solas? (*Se la lleva á un extremo de la escena.*) ¿Dígame usted, querida mia, por qué quiere verme hoy sin falta el señor Duque?

CAR. Me ha dado el encargo de que la convide á usted á comer. Quiere sin duda que su cara vecina participe de la alegria de toda su familia. Advierto á usted que no admite excusa.

COND. ¿Segun eso tiene usted alguna buena noticia que darme?

CAR. El matrimonio de mi hija... El Duque me encargó que viniera yo misma á anunciárselo á usted.

COND. ¡Pero tan pronto se casa! ¡Si es una niña!

LUISA. (*Que ha seguido la conversacion con atencion.*) Voy á cumplir diez y seis años.

CAR. Mi futuro yerno debe comer hoy en casa. Estoy segura de que le agradará á usted: aunque jóven es un hombre muy formal. Acaso le haya usted oido nombrar.

COND. ¿Cómo se llama?

CAR. Pimentel...

COND. ¡Pimentel! Yo he conocido uno...

CAR. Este se llama Cárlos. (*Con intencion.*) ¿Cómo se llama el de usted?

COND. Cárlos tambien.

CAR. ¡Ah! ¿con qué usted le conoce?

COND. Si; un poco... Asi es que no me cuenta usted nada nuevo al decirme que es cumplido caballero. ¿Sabe usted que es un buen partido? Vaya, vaya cuánto me alegro. Reciba usted mi enhorabuena mas cumplida, y désela usted en mi nombre al señor Duque. (*La estrecha la mano.*) ¡Qué Luisita! (*Va hácia donde está y la abraza. Carolina escucha con distraccion á Bernardo, y sigue con la vista todos los movimientos de la Condesa.*)

COND. ¿Cuánto tiempo hace que le conoció usted, picarilla?

LUISA. Dos meses.

COND. ¿Le ama usted?

LUISA. Si que le amo.

COND. ¿Tan pronto?

LUISA. ¡Bah! yo creo que se debe amar al momento ó nunca. Es una idea que yo tengo.

COND. Sin embargo, antes de decidirse á una cosa tan séria, es menester saber si le conviene á una...

LUISA. ¡Ea! eso se adivina en seguida. Yo no he necesitado mas que ver una vez á ese caballero (*Señala á Sandobal.*) para saber que no podré quererle nunca.

COND. ¡Oh! ¡Qué aturdida tan deliciosa!... ella se lo dice todo... ¿Pero él la ama á usted?

LUISA. No, pero cuando digo alguna simpleza, él se rie mucho y exclama: ¡Qué linda! ¡Qué graciosa es! ¡Cómo me me encanta! No sé si esto será amor...

COND. ¿Y cómo no le he visto yo todavia en casa del tio?
LUISA. Va por la mañana. Está de luto y...
COND. ¿Y cuándo es la boda?
LUISA. No sé.
CAR. (*Que ha seguido la conversacion sin separar la vista de Luisa.*) ¿La boda pregunta usted? Dentro de tres semanas; pero esta noche se firma la escritura dotal.
COND. (*A Carolina, que se despide.*) ¡Cómo! ¿Tan pronto nos deja usted?
CAR. Dispénsenos usted, pero tenemos que emplear todo el dia en compras.
LUISA. Tengo que probarme mi sombrero con pluma.
CAR. Adios, amiga; voy á dar cuenta de mi embajada.
COND. Hasta la noche. (*Se besan: la Condesa sale acompañándolas.*)

ESCENA XII.

DICHOS *menos la* CONDESA, CAROLINA *y* LUISA.

CLARA. ¿Quién es esa señora?
BERN. La hermana del señor Duque de Monte-verde.
EUG. Parece toda una mujer á la moda.
BERN. ¡Oh! Si, pero es una señora muy caritativa.
CLARA. ¡Has reparado qué lujo! ¡Qué traje!
EUG. Qué lástima de dineral. Habia para alimentar treinta pobres con lo que le debe haber costado solo el vestido.
FERN. Por Dios, señoras, el lujo sirve tambien para proporcionar trabajo á los obreros.
EUG. Bien, muy bien: toda mujer de mundo encuentra siempre admiradores.

ESCENA XIII.

DICHOS, *la* CONDESA.

FERN. (*Bajo á la Condesa.*) ¿No tiene usted nada que decirme?
COND. Nada.
FERN. ¿Ni sobre el futuro de la niña?
COND. (*Sin responderle.*) Qué encantadora es esta Luisita de Monte-verde, ¿no es verdad, amigas mias?

BERN. Es una niña muy linda.

COND Linda, diga usted mejor encantandora.

FERN. Lo que seduce en ella es esa sencillez, ese aire de inocencia tan natural.

COND. Su semblante cándido basta para desarmar, para confundir á todos esos maldicientes... Cuánto me alegro de que se case. Asi cesarán todos esos infames rumores.

EUG. ¡Rumores!

COND. Si, pero absurdos.

CLARA. ¿Absurdos? (*Eugenia y Clara se acercan á la Condesa mostrando una ávida curiosidad.*)

COND. (*A Bernardo.*) Y bien, ¿estas señoras se han enterado ya de nuestros estatutos? Yo creo que en buscando un presidente que ..

BERN. Permítame usted un momento... un momento nada mas, Condesa. Yo desearia saber...

COND. ¿La respuesta del médico? Aqui la tengo; consiente en asistir de balde...

BERN. No, no es eso, señora. Lo que deseo, lo que necesito saber son esos rumores que corren sobre la señorita de Monte-verde.

COND. Es una historia inverosímil, porque aunque... ¿Pero qué nos importa eso? Yo creo que contando con la asistencia del médico...

EUG. Se disminuirá mucho el presupuesto.

COND. (*Ap.*) Una obra de caridad sazonada con una calumnia... Esto es delicioso.

BERN. Condesa, por Dios, suplico á usted me diga qué aventuras son esas que se cuentan de la señorita de Monteverde.

COND. Aventuras no... es una sola y es bastante. Como yo la conozco bien, cuando me la contaron me llené de indignacion.

BERN. Las personas á quien tratamos son las que mas se ocultan de nosotros para ciertas cosas. Y el que usted tenga de ella un concepto muy elevado... no prueba...

EUG. Dice muy bien Plaza.

COND. ¡Oh! No, yo respondo de ella. Porque despues de todo ¿no ven ustedes como esas odiosas calumnias con que han pretendido difamarla, no han podido hacerla ningun daño, puesto que al fin se casa con uno de los jóvenes mas apreciables de la córte? Frescos van á que-

dar los calumniadores; estoy contentísima de solo pensar que...

FERN. ¡Diablo! Si toma su defensa... ¡pobre criatura!

BERN. Señora, es posible que las sospechas no sean tan injustas como usted en su bondadoso corazon las cree...

COND. Mi buen corazon no me puede permitir que yo crea que una señorita tan bien educada como Luisa, es capaz de dar una cita de noche á un jóven.

BERN. ¡Una cita!

COND. Si, se cuenta que el padre de... de un tal Espinosa...

BERN. (*Como recordando.*) Espinosa. Si, el marqués.

COND. Estaba enemistado con la familia de Monte-verde por causas de política: el hijo de ese caballero amaba en secreto á la niña, y como no podian verse de dia, se cuenta, cuidado, que yo no lo creo, que una noche...

FERN. Eso es absurdo, y yo creo que no merece la pena de contarse.

COND. Es lo que yo digo...

BERN. Pues yo opino de diverso modo, caballero. Se cita ya un nombre y eso es demasiado serio. Además, yo tengo interés.

COND. En eso de los nombres no se fie usted, mi buen Plaza. ¿no añaden que el caso ocurrió el año pasado, durante las jornadas de la córte en Aranjuez, y que el mismo jardinero de Monte-verde sorprendió á los dos jóvenes? Y sin embargo, yo por mas que oiga decir á todo el mundo que es una cosa cierta seguiré mirándolo como una calumnia.

EUG. ¡Sorprendió á los dos jóvenes!

BERN. ¡A los dos! Lo creo. Espinosa es un calavera.

COND. Si, todo lo cual prueba que es una historia inventada para...

BERN. ¿Pues qué pruebas tiene usted para probar la falsedad de esos rumores?

COND. La inocencia de Luisita me basta. No hay mas que mirarla para conocer... ¿no la ha visto usted? ¡Qué candor, qué atolondramiento tan pueril!..

BERN. Qué atolondramiento, si, usted lo dice. En fin, yo tengo mis razones particulares para considerar esos rumores como una cosa muy séria.

COND. ¡Bah! ¿Es usted tutor de Luisita?

BERN. No señora, pero soy...

COND. ¿Amigo del Duque?

BERN. Tampoco.

COND. ¿Su antiguo camarada?

BERN. Mucho menos.

COND. Entonces, ¿con qué derecho acoge usted esas sospechas tan indignas?

BERN. Con el que me da mi conciencia, que me exige que advierta á las personas interesadas.

COND. ¡Caballero, eso es espantoso! ¿Delante de quién ¡Dios mio! he tenido la desgracia de hablar?

BERN. Delante de un amigo íntimo del general Pimentel.

COND. ¡El padre de Carlos! ¡Ah! Plaza, yo ruego á usted con todo mi corazon...

BERN. (*Tomando su sombrero con ademan patético.*) Señora, conozco mi deber. La familia de los Pimenteles debe permanecer sin mancha...

COND. (*Fingiendo un gran dolor.*) ¡Pero qué va usted á hacer, santo cielo!

BERN. Conozco mi deber, y nada me hará retroceder en su cumplimiento. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* BERNARDO.

EUG. ¡Qué escándalo!

CLARA. Ese es el fruto de la educacion moderna.

FERN. ¡En efecto, es una cosa nunca vista! (*Bajo á la Condesa.*) Pero usted sabia que ese anciano era amigo del padre de Carvajal y por eso ..

COND. ¡Ah! ¡Estoy desesperada!

FERN. (*Ap.*) Vamos, lo sabia.

COND. Yo aseguro á usted que la historia es cierta...

FERN. No, será una calumnia...

COND. No, no; bien pronto verá usted las pruebas. (*Se reclina sobre un sillon sollozando.*) ¡Pobre ¡Luisa! Y yo que la amo tanto! (¡Valor! Ya he dado el primer paso.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon amueblado con lujo; cuadros de mapas. Un velador cubierto de periódicos.

ESCENA PRIMERA.

El Duque *de Monte-verde al lado de un sillon de brazos: su* Secretario *sentado.*

Duque. ¿Qué dicen esos periódicos? Lo mismo de siempre ¿eh? Los ministeriales, que el gobierno es el mejor de los gobiernos posibles; los de oposicion que nunca se ha visto cosa mas mala. ¿No habla ninguno de mí?

Secret. Ninguno, señor.

Duque. ¿Ni la *Época* tampoco?

Secret. Tampoco.

Duque. ¿Asi se desconocen mis grandes servicios? Yo, que he aceptado mi puesto de embajador siempre que me le han ofrecido. Está visto que en España es menester ser siempre de la oposicion para que hagan caso de uno.

ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

LUISA. ¡Hola! ¡hola! ¿de pié? ¿Pues y la gota?

DUQUE. Ven acá, enredadora.

LUISA. Quien ha de venir es usted, y le daré un abrazo por el trabajo. ¿Con que ya no necesita usted de mi brazo para apoyarse? ¿Ha dado usted pasaporte á su mal?

DUQUE. Ven acá. (*La coge de la mano, y la lleva hácia el sillon donde se sienta.*) ¿Quieres tú mucho á tu tio?

LUISA. Mucho; tanto como él se merece. Ademas, á mí me divierte acariciarle. Cuando yo veo á todo el mundo temblar delante de él, tratarle con la mayor ceremonia y decirle: «señor Duque, por aqui; señor embajador, por allá,» hablar bajo en su habitacion como en una iglesia, y no atreverse nadie á sentarse sin su permiso; cuando veo todos esos pomposos respetos, no hay nada que me guste tanto como hablar sin su licencia á ese gran personaje, y colgarme á su cuello sin ceremonia, y abrazar al señor Duque por un lado, y sentarme en las rodillas del señor embajador sin su permiso. ¡Ah! esto me divierte mucho. (*Acompaña las palabras con la accion.*)

DUQUE. ¡Qué mimos! (*Abrazándola.*) Pero afortunadamente, señorita, pronto le hará á usted entrar en razon un buen marido.

LUISA. (*Levantándose.*) ¿Él?... si, si: me mimará como los demas. Se lo he conocido al momento.

DUQUE. ¿De veras? ¿y en qué conoces tú esas cosas? ¿eh?

LUISA. En su manera de mirarme. ¡Porque mira de un modo!... Jamás me ha mirado asi nadie.

DUQUE. Te mira con bondad, con ternura, en fin, como yo.

LUISA. ¡Qué! ¡no señor! yo á lo menos no encuentro ninguna semejanza.

DUQUE. ¿Y qué diferencias adviertes entre su manera de mirar y la mia?

LUISA. Advierto muchas. Y ademas, no me produce el mismo efecto. Cuando usted me mira yo le miro á usted tambien; pero en el instante que él clava en mí sus ojos, ya no sé qué hacer de los mios, siento... no se qué...

estoy contenta, y sin embargo me entran ganas de marcharme.

DUQUE. ¿Pero á que no te vas?

LUISA. No, señor, no... pero me pongo asi, turbada y temblorosa como... ¿Sabe usted cómo? Como se pone cuando entra aqui la Condesa del Espino. ¿Es verdad, tio, que va usted á casarse con ella?

DUQUE. ¿Quién te ha contado eso, hija mia? ¿Sentirias tú que me casase con la Condesa?

LUISA. ¿Yo? no; la quiero mucho; ¡es tan buena! y luego como le quiere á usted tanto...

DUQUE. (*Muy satisfecho.*) ¿Y de qué sabes tú que me quiere?

LUISA. ¡Como si eso fuera tan difícil de conocer! siempre está hablando de usted, de sus sufrimientos... ha hecho tres novenas por que se le quite á usted la gota, y aun creo que á ellas debemos su curacion. Porque ya está usted bueno, tiito.

DUQUE. Y tanto, que voy á enseñarte el pabellon que te tengo dispuesto.

LUISA. Si, ya sé; ¿el del piso principal, que tiene vistas al jardin?

DUQUE. ¿Con que ya lo sabes? ¡y yo que queria sorprenderte!

LUISA. (*Confundida.*) ¡Y es verdad! ¡qué tonta soy! ¡me se ha olvidado sorprenderme!

DUQUE. ¿Y quién te ha revelado mi secreto?

LUISA. Se le escapó á su secretario de usted delante de mi... pero no le riña usted, yo tengo la culpa. Prometí fingir que nada sabia...

DUQUE. Eso prueba que no sabes mentir.

LUISA. Si que sé; solo que á veces se me olvida. (*Un Criado anunciando.*) La señora Condesa del Espino.

LUISA. Adios, tio.

DUQUE. ¿Te vas ya, Luisita?

LUISA. Me espera mamá.

DUQUE. Ea, pues toma una cosa que pensaba poner en tu tocador. (*Le dá un estuche.*)

LUISA. ¡A ver! ¡qué collar tan lindo!

DUQUE. No se merece menos la señora de Pimentel.

ESCENA III.

El Duque, Luisa, *la* Condesa.

Cond. (*Que ha oido las últimas palabras. Ap.*) ¡La señora de Pimentel? No lo es todavia.

Luisa. ¿Señora Condesa!... (*Bajo al Duque señalándola.*) ¿No vé usted qué turbacion la suya? Pues así me pongo yo cuando estoy delante de Cárlos. (*Váse corriendo por el fondo.*)

ESCENA IV.

El Duque, *la* Condesa.

Cond. ¡Señor Duque!

Duque. ¡Y bien, Condesa! ¿obligará usted á un pobre gotoso á salirla al encuentro?

Cond. Temia molestar á usted.

Duque. ¡A mí!

Cond. (*Con fingida emocion.*) He venido tan temprano para verle un momento á solas.

Duque. (*Conduciéndole al sofá.*) ¿Tiene usted algo que pedirme? ¿Seré tan dichoso?

Cond. (*Con mayor turbacion.*) No; pero tenia deseos... necesitaba ver á usted solo y no redeado de gentes, que todo lo observan y lo murmuran y...

Duque. (*Ap.*) ¡Bueno! ¡está turbada!

Cond. (*Ap.*) ¡Pobre viejo!

Duque. Cuánto me alegro de que haya usted venido; no contaba con tener hoy ese placer, porque me habian asegurado que estaba usted peor.

Cond. En efecto, estoy peor, y no podia venir (*Turbada y sonriendo.*); pero he hecho un esfuerzo y he venido.

Duque. (*Conmovido.*) Pues yo estoy ya mejor, y Luisa se empeña en que debo la salud á las oraciones de usted, á las novenas que ha hecho por mi restablecimiento.

Cond. (*Con fingida cólera.*) ¡Y lo ha contado, la muy loca! ¡nada se puede decir delante de ella! ¿Qué necesidad tenia de contarlo? No la perdono esta nueva indiscrecion.

DUQUE. (*Con ternura.*) ¿Y por qué, Condesa? ¿por ventura trata usted de negar sentimientos dulces?

COND. (*Bajando los ojos.*) ¡Oh!... ¡no hablemos mas de eso... por favor... es usted implacable!

DUQUE. ¡Cruel! ¿no quiere usted dar un átomo de esperanza sino para arrebatarle en seguida?

COND. Señor Duque...

DUQUE. ¡Nada quiere usted responderme!

COND. ¿Qué exige usted de mí?

DUQUE. ¿Seré yo por ventura el único de sus enfermos de quien no tenga usted piedad? (*Entra un criado.*) ¿Quién llega?

CRIADO. El señor embajador de Suecia pregunta si puede ver á vuecencia.

DUQUE. Que pase á mi despacho.—(¡Malditos negocios!)

COND. No le haga usted esperar por mí, señor Duque.

DUQUE. Pues no faltaba mas...

COND. Entonces me marcho...

DUQUE. Eso de ningun modo... Si acaso llamaré á mi sobrina para que la acompañe.

COND. Duque...

DUQUE. ¿No quiere usted? Pues me siento, y tanto peor para el ministro sueco.

COND. ¡Qué locura! (*Aparece D. Fernando.*)

DUQUE. Ahi viene Sandoval; la dejo á usted en su compañia, nada mas que por algunos instantes. (*Ap.*) ¡Qué turbada está! ¡Este diablo de embajador ha venido demasiado pronto!

COND. (*Ap.*) En mal hora ha llegado el señor ministro de Suecia.

ESCENA V.

La CONDESA, FERNANDO.

FERN. La veo á usted muy contenta, señora Condesa. ¿Habló ya el viejo Pimentel? ¿Ha estallado la bomba?

COND. Todavia no.

FERN. ¡Cómo! ¡con que esta interesante familia no está todadavia sumida en la desesperacion! ¿Pues cuál otra desgracia es la causa de su alegria?

COND. ¡Caballero! el mal ajeno me causa simpre profunda

afliccion: solo mi deber me obliga á hacer lo que hago. Se trata...

FERN. De deshonrar á una familia honrada perdiendo á una jóven inocente.

COND. Lejos de eso, se trata de impedir que una jóven perdida afrente á una familia honrada.

FERN. Es una misma cosa, mirada desde dos diversos puntos de vista: otro tanto sucede en casi todas las cuestiones del mundo. Pero, entendámonos, Condesa: si Luisa es culpable, no pienso convertirme en su don Quijote; pero si no lo es, yo que soy el confidente de usted, estoy determinado á no ser su cómplice.

COND. Tranquilícese usted, tengo todas las pruebas de su falta.

FERN. ¿Cuenta usted con el testimonio de Espinosa? Hace usted mal, porque es un hombre de honor.

COND. Luis Espinosa está en la Habana. (*Ap.*) ¡Como si no supiera yo lo que me hago!

FERN. ¡Pero él volverá de la Habana!

COND. Aunque vuelva...

FERN. Entiendo; ya se habrá usted casado con el Duque. Y á propósito: ¿le ha dicho usted ya que le ama?

COND. (*Con gazmoñeria.*) No es á mí á quien toca decirlo.

FERN. ¡No! ¿pues quién se lo ha de decir, si usted no se lo dice? ¿Seré yo por ventura?

COND. Acaso seria mejor.

FERN. ¡Yo! ¿Con que quiere usted que yo le haga el amor á un Duque?

COND. Vamos, no entiende usted una palabra de estas cosas. Es preciso que usted le diga que le amo, pero que al mismo tiempo le hable mal de mí.

FERN. ¿Pero muy mal? (*Ap.*) porque eso me será sumamente fácil.

COND. No, un poco: lo suficiente para que el Duque se persuada de que no merezco las simpatias de usted.

FERN. ¿Y qué quiere usted que le diga?

COND. Le dirá usted que tengo muchos defectos... que tengo un defecto muy grande.

FERN. ¿Y cuál es ese defecto único que usted se digna tener? ¿Quizá que tiene usted una imaginacion muy ardiente?

COND. ¡A un anciano! ¡Qué idea!

FERN. Es verdad: ¡qué imprudencia! ¡Lo que es el ejercicio!

he llegado á ser bestia á fuerza de parecerlo.

COND. No le parece á usted que es un defecto el ser demasiado novelesca, el gustar de las sombras y del silencio y el tener por mi bello ideal...

FERN. ¿Su corazon y un palacio en el campo?

COND. Precisamente.

FERN. ¡Soberbio! ¿Cuál es el medio mejor de llegar á ser duquesa? El afectar menosprecio á las pompas y vanidades del mundo. ¿No es verdad?

COND. ¿No tardará en volver el Duque. Con él le dejo á usted.

FERN. ¿Se marcha usted ya?

COND. Si; tengo que hablar con el jardinero que el Duque tenia en Aranjuez, y á quien se ha traido á esta casa. Él fué quien sorprendió á Luisa y al hijo del marqués de Espinosa, y espero saber de él algunos pomenores. ¿Al jardin, se baja por la galeria?

FERN. Si, pero no debe estar el jardinero. (¡Pobre Luisa!)

COND. Sandoval, hasta luego. Si preguntan...

FERN. Señora...

COND. (*Al irse.*) Aborrezco á este hombre. Si no tuviera necesidad de él...

ESCENA VI.

FERNANDO *solo.*

¡Qué mujer tan mala! ¡La aborrezco! Si no tuviera necesidad de ella... Es fuerza que cuanto antes se case con su Duque: yo la obligaré á que me cumpla su promesa y la pagaré los ochenta mil reales para no volverla á ver en mi vida. Aqui está el Duque. ¿Cómo me las compondré para introducir en la conversacion mis tiernas indiscreciones?

ESCENA VII.

FERNANDO, *el* DUQUE.

DUQUE. Ya estoy libre al fin, mi querida vecina... ¡Ah! que está usted solo, Sandoval. ¿Pues y la Condesa?

FERN. Ha bajado al jardin.

DUQUE. Estará paseando con mi sobrina. Usted, Sandoval, comerá hoy con nosotros.

FERN. (*Preocupado*) Tanto honor, señor Duque...

DUQUE. ¿Pero qué diablos tiene usted?

FERN. Estoy buscando el medio de averiguar una cosa que me importa y que no puedo preguntar á nadie. Si yo tuviera el talento de usted.

DUQUE. ¡Lisonjero! Pero mire usted, por ahi las gentes se empeñan en que ese es precisamente mi talento; el de saber las cosas sin preguntarlas. Hallándome yo de embajador en Portugal me vi en cierta ocasion en un aprieto parecido al de usted. Se trataba...

FERN. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡Una historia! Yo me tengo la culpa.

DUQUE. Se trataba de penetrar un secreto que un ministro habia revelado á una sola persona. ¿Qué tal? Era facililla la empresa?

FERN. Vaya. (*Ap.*) No, pues á mí no me encaja la historia. (*Alto.*) Apuesto á que lo averiguó usted por medio de una dama.

DUQUE. Precisamente. ¿Quién se lo ha contado á usted?

FERN. ¿Pues no sé yo la buena fortuna que tiene usted con las mujeres?

DUQUE. Esos tiempos pasaron, amigo Sandoval.

FERN. No del todo, señor Duque. (Esta es la mia.) Alguna conozco yo...

DUQUE. (*Engreido.*) ¡Quite usted de ahi! ¡A mi edad!

FERN. Demasiado sabe usted á quién me refiero.

DUQUE. Pica usted mi curiosidad... Vamos, quizá es este asunto el que ha poco le tenia á usted tan preocupado?

FERN. Todo lo adivina usted. ¡Es mucho ingenio el de los diplomáticos!

DUQUE. Explíquese usted, explíquese usted sin embargo.

FERN. Pues bien, supóngase usted que yo soy recibido con la mayor benevolencia en la casa de un grande, honor de la nobleza por sus virtudes, gloria por sus talentos de la diplomacia española, querido de muchos, envidiado de no pocos, apreciado y reverenciado de todos, oráculo consultado por los políticos, espejo en que se miran los caballeros, galan á quien idolatran las damas.

DUQUE. (*Ap.*) Ese es mi retrato al daguerreotipo.

FERN. Atribúyense proyectos de matrimonio á tan ilustre personaje... Nómbrase en muchos círculos á la señora de

sus pensamientos y... si yo tuviera derecho... si yo me atreviera á darle un consejo...

DUQUE. ¿Qué le diria usted, si usted se atreviera?

FERN. Le diria: señor Duque (supongamos que es un Duque), la señora con quien suponen que trata usted de casarse, es una mujer de una superioridad incontestable, pero de carácter novelesco y tal que á ningun hombre poseido de una noble ambicion le convendria ser su esposo.

DUQUE. ¡Ah! ¿Tiene el carácter novelesco?

FERN. Quizás haria su dicha por sus cuidados, su contínua adoracion; pero seria un hombre perdido para la vida pública y los hombres como él no se pertenecen á sí mismos, se deben á la felicidad de la patria; bueno estaria que celosa de todo el mundo, nos le fuese á arrebatar y se le llevara á algun antiguo castillo para adorarle alli á su gusto en el seno de la soledad, entre el perfume de las flores y en medio de la espesura de las hojas!

DUQUE. Eh, eh, no sé lo que haria ese Duque: en cuanto á mí no me parece que semejante vida seria del todo insoportable. Pero hablemos de otro matrimonio, que es el que mas me interesa por ahora.

FERN. (*Ap.*) Pudor de viejo, que se parece mucho al pudor del adolescente. Los viejos son dos veces niños.

DUQUE. Y volviendo ahora á la historia de Portugal...

FERN. (*Ap.*) Está visto: no me escapo de la historia. (*Alto.*) Alguien llega.

DUQUE. Son mi sobrina y su novio. Esa, amigo Sandoval, esa es la edad de las novelas.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, LUISA, CAROLINA, PIMENTEL.

DUQUE. Buenos dias, mi querido Cárlos. ¿Cómo tan solo? ¿pues y papá?

PIMENT. Yo pensaba encontrarle aqui.

DUQUE. Aqui tiene usted, señor de Sandoval, á mi futuro yerno. (*Se saludan.*) ¿Pero y la Condesa del Espino? quiero que tome parte en nuestra alegria. Es menester llamarla.

PIMENT. ¡La Condesa del Espino!

DUQUE. La viuda del Conde del mismo título, que murió en Paris há seis meses.

PIMENT. Le conocí en Aranjuez el año pasado y era muy buen sujeto; pero no sabia que estuviese casado.

DUQUE. Tampoco yo, pero antes de morir...

FERN. (*Ap.*) Ni el pobre difunto tampoco. (*Aparece en el fondo la Condesa.*)

DUQUE. Aqui la tenemos.

CAR. (*Ap. á Pimentel.*) ¿La conoce usted?

PIMENT. Si, un poco. Metió mucho ruido en Aranjuez, en la última jornada de la córte.

CAR. Pues quiere ser Duquesa de Monte-verde.

PIMENT. (*Ap.*) ¡Vamos!... ¡Como llegó á ser Condesa del Espino!...

ESCENA XI.

DICHOS, *la* CONDESA.

COND. (*Ap.*) ¡Cárlos!

DUQUE. (*Notando su alteracion.*) ¿Se siente usted mal, Condesa? ¿qué tiene usted?

COND. Yo nada.

DUQUE. (*Ap.*) ¡Qué turbada está! no hay duda, me ama. (*Alto.*) Señora quiero que usted conozca á mi yerno. Carlos, tengo el honor de presentar á usted á nuestra amable vecina, la señora Condesa del Espino. (*Carlos la saluda en silencio.*)

COND. ¡El señor de Pimentel no me recuerda sin duda: ¡he cambiado tanto en un año que no nos vemos!

PIM. ¡Oh! no; estoy á las órdenes de usted, señora.

DUQUE. (*A Luisa.*) ¡Cómo! ¡Señorita! con que me ha hecho usted el desaire de no ponerse mi collar.

LUISA. Mamá me ha dicho que no me le pusiera hasta el dia de la boda.

DUQUE. Tu mamá es muy ceremoniosa; pero yo quiero que le estrenes hoy mismo.

LUISA. Si mamá lo permite...

CAR. Anda, hija mia. (*Váse Luisa.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* LUISA.

FERN. ¡Qué niña tan bien educada! Será muy buena esposa.

COND. (*Ap.*) ¡Lo veremos! Ya el padre de Cárlos debe saber...

DUQUE. (*A Pimentel.*) Mucho tarda su papá de usted. (*Un Criado entrando, y dando una carta al Duque.*) De parte del señor don Pedro Pimentel.

CAR. ¿De mi padre?

COND. (*Ap.*) ¡Ah! ¡ya respiro!

DUQUE. ¡Una carta! ¡Cómo no viene él!

CAR. ¿Está enfermo?

DUQUE. Con permiso de ustedes.

CAR. ¿Qué será esto?

DUQUE. (*Leyendo para sí.*) «No me aguarde usted, mi querido Duque... con el mas vivo pesar...» ¡Oh! ¡hermana mia!

CAR. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

DUQUE. (*Turbado.*) Pimentel no puede venir.

PIM. ¿Le ha sucedido algo? ¿Qué ocurre?

DUQUE. Nada... nada... está bueno.

CAR. Pues entonces...

DUQUE. No puedo... no debo... mas tarde te diré.

CAR. ¡Habla por Dios!

DUQUE. ¡Un obstáculo!... una equivocacion.

PIM. ¡Una equivocacion!

DUQUE. Que estoy seguro de que se explicará, pero que puede retardar el matrimonio.

CAR. ¡Qué dices!

PIM. ¡Señor Duque!

CAR. Venga esa carta, hermano mio.

DUQUE. No, no; es necesario antes...

CAR. Esa carta, digo.

DUQUE. Lee, pero ten calma, te lo ruego.

CAR. ¡Me espantas! (*Toma la carta.*)

COND. (*Ap.*) Veremos como paras el golpe.

FERN. (*Ap.*) ¡Pobre madre!

CAR. (*Lee para si: durante algun tiempo las miradas estan fijas en ella. Carolina, despues de haber leido, devuelve la carta al Duque con la mayor tranquilidad.*) Esto es absurdo.

PIM. ¿Pero qué es? ¿alguna calumnia?

CAR. Ni aun eso. Es una estupidez que su padre de usted será el primero en reconocer.

DUQUE. No comprendo nada de lo que pasa.

PIM. (*Ap. mirando á la Condesa.*) Yo si y estoy alerta.

DUQUE. Y en fin, ¿qué respondemos á don Pedro?

CAR. (*Con dignidad.*) Yo me encargo de la respuesta.

DUQUE. Aqui viene Luisa... preguntémosla.

CAR. (*Con orgullo.*) Yo que soy su madre me opongo á que se le pregunte.

PIM. Señor Duque, Luisa será mi esposa y su candor me pertenece.

COND. (*Ap.*) ¡La ama!

CAR. ¡Gracias, Cárlos!

FERN. (*Ap.*) ¡Esto es atroz! yo voy á decirlo todo. (*Alto.*) Señor Duque... (*La Condesa se levanta y le mira.*)

DUQUE. ¿Qué dice usted?

FERN. Nada, nada.

CAR. Silencio, señores; que nada sospeche mi hija.

ESCENA XI.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Aqui estoy. (*Momento de estupor.*) Vaya, ¿no me miran ustedes? ¿No es verdad que estoy bien con este collar tan bonito?

PIM. Está usted admirable.

LUISA. ¿Pero qué tienen ustedes?

CRIADO. El señor Duque está servido.

DUQUE. Vamos á la mesa. (*Ap.*) No sé lo que me pasa. (*Ofrece el brazo á la Condesa.*) Señora...

COND. (*Bajo á él.*) ¡Desgraciada madre!

DUQUE. ¡Qué! ¿sabe usted ya?

COND. ¡Ay! ¡todo el mundo lo sabe!

DUQUE. ¡Qué vergüenza, Dios mio!

CAR. Señor de Sandoval, dé usted el brazo á mi hija... Señor de Pimentel... (*Tomando su brazo.*)

PIM. (*Ap.*) ¿Qué nueva infamia será esta?

COND. (¡Qué orgullo! El árbol que no se dobla, se rompe.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA, EUSEBIA.

EUSEB. (*Que entra por el fondo.*) Señora, espero sus órdenes.

COND. ¿Qué órdenes?

EUSEB. El señor de Pimentel ha enviado á preguntar á qué hora le dispensará usted el honor de recibirle.

COND. ¿El padre?

EUSEB. No, señora, el hijo, don Carlos.

COND. ¡Carlos!

EUSEB. El jóven que...

COND. Bien. Conteste usted que le recibiré á las tres. Ahora espero al señor Duque. Tenga usted cuidado de no dejar pasar mas que al Duque... y á don Carlos, que tiene que hablarme de negocios importantes.

EUSEB. ¡Oh! sin duda: un caballero tan jóven...

COND. ¿Entiende usted? el Señor Duque va á venir al instante. Si por casualidad está aqui todavia cuando venga el señor de Pimentel, le ruega usted tenga la bondad de esperar, y me pasa usted recado en seguida.

EUSEB. El señor Duque está desolado, pero él ha podido preverlo. Una madre tan mundana, cómo habia de guar-

dar bien á su hija. La pobre niña no ha hecho mas que imitar el ejemplo de la madre. ¡Llaman! ¡El señor Duque!

COND. ¡El Duque! Esta entrevista va á decidir de mi vida.

ESCENA II.

La CONDESA, *el* DUQUE.

COND. (*Corriendo hácia él.*) ¡Ah! Señor Duque, mi buen amigo, ¡qué desgracia!...

DUQUE. Es un golpe afrentoso para mí. Y yo amaba á esa niña; tenia puestos en ella mis ojos, mi orgullo, todo mi porvenir.

COND. ¡Y mas que el porvenir!

DUQUE. ¡Luisa! ¡Quién lo hubiera creido! Vamos, ¡es imposible! yo me resisto á creer todavia que esos rumores sean ciertos. Diga usted, amiga mia, ¿usted encuentra en ella el aire, las maneras de?... vamos no me atrevo á pensarlo.

COND. Señor Duque, yo vivo tan poco al corriente de las cosas del gran mundo, que mi opinion...

DUQUE. ¿Pero no es verdad que tiene la mirada franca, la fisonomia candorosa de una niña sin malicia?

COND. Sin duda: pero una jóven menos alegre y menos atolondrada, me pareceria mas inocente.

DUQUE. ¡Pobre niña! Yo no sé qué hacer despues de la publicidad... ¡Hay que desistir por ahora de su matrimonio!... Si ese diablo de muchacho, á quien aseguran que el jardinero encontró con ella, estuviese aqui... todo podria arreglarse. Seria un enlace que me causaria un gran disgusto, pero no habria otro medio.

COND. El chico está en la Habana; se podria escribirle, y esperar su vuelta.

DUQUE. ¿Y mientras viene?...

COND. ¿No es usted el tutor de Luisa, el jefe de la familia? No tiene usted mas que un partido que tomar; meterla en un convento.

DUQUE. Pero mi hermana adora á su hija, y se opondrá á una separacion...

COND. Yo la tengo por una señora muy virtuosa, por una madre excelente, pero despues de un escándalo tan gran-

de, no la juzgo con la autoridad, con la dignidad necesarias para acallar esos malignos rumores. Fáltale esa severidad en la actitud, esa frialdad en la mirada que contiene á los deslenguados y que...

DUQUE. Y que usted posee tan admirablemente. Es cierto, mi hermana es demasiado comunicativa.

COND. Aconséjela usted que haga un viaje á Italia, á Roma por ejemplo, y allí en cualquier convento de monjas puede dejar á Luisita.

DUQUE. Estoy seguro de que tampoco querrá acceder á ese consejo. Y despues de todo, ¿en qué convento de España se prestarán á recibir á Luisa, si saben?..

COND. Si, en casi todos ellos hay jóvenes educandas. Pero en fin, yo no tendria inconveniente en encargarme de eso.

DUQUE. ¡Oh! me prestaria usted un gran servicio. Yo no me atreveré nunca hablar á mi hermana...

COND. ¿Y por qué? Cabalmente ella debe alegrarse de que la ayudemos á salir de la situacion en que se encuentra... ¡Pero qué pálido está usted! ¡Que sensacion tan honda le estan causando los disgustos! (*Le conduce al sofá.*) ¡Infames! Se han empeñado en ponerle á usted enfermo.

DUQUE. ¿Enfermo? al contrario, me han curado... Esta emocion violenta me ha librado de la gota, porque no me deja pensar en ella.

COND. El remedio es heróico; la deshonra de toda una familia. Haberse conquistado un nombre tan apreciable en la historia de su pais, haber adquirido desde jóven tantos triunfos, llegado á los primeros puestos, ser duque, embajador, para ver toda esa grandeza oscurecida en un solo dia por el aturdimiento de una chiquilla. ¡Oh! esto me subleva y me pone fuera de mí. Daria mi vida por remediar semejante desgracia.

DUQUE. (*Tomándola una mano.*) ¡Mi querida amiga!

COND. Es ridículo que yo tome tan á pechos su causa de usted; bien lo conozco. No tengo derecho á mostrarme tan afligida; pero adivino de tal modo lo que usted debe de sufrir, que no soy dueña de contener mi indignacion. Puede mas que yo.

DUQUE. Condesa, participando usted mis penas sufro mucho menos.

COND. (*Con una emocion falsamente reprimida.*) ¿De veras?... Yo quisiera creerlo asi. (*Se sienta al lado del Duque: este la mira, y ella finge turbarse.*) No hablemos mas de ellos; ocupémonos de los proyectos de usted. Esas gentes son capaces de causarle á usted mayores disgustos todavia, y nunca podrá usted vivir en paz con ellos.

DUQUE. Asi es. Sin embargo, si les abandono, confirmaré todas las sospechas.

COND. ¡Sospechas! No son ya sino afrentosas certidumbres. Se cuenta que el tio Juan, ese buen hombre que tiene usted hoy de jardinero, fué el que sorprendió á la niña con el trasto de Espinosa. Se cree que por él se sabrá la verdad, y se trata de interrogarle. Note usted entre tanto dos circunstancias muy singulares. Su hermana de usted, cuando se vino de Valencia, trajo á ese hombre consigo, y no ha permitido que se separe de su lado. Ese criado tan fiel ha establecido un puesto de flores, y Luisita ha pintado los paisajes con que le ha adornado.

DUQUE. ¡Es posible!

COND. Hay mas: esta mañana, llevada de este interés ardiente hácia usted, me he atrevido á ir á su puesto, y á preguntarle.

DUQUE. ¿Y qué ha dicho?

COND. Ese hombre tan generosamente protegido, no ha tenido una palabra para justificar á la hija de su bienhechora. Despues de turbarse mucho, y de querer esquivar la conversacion ha concluido diciéndome, que él se explicará sobre esta aventura, pero únicamente con la mamá de su señorita.

DUQUE. Todo eso me espanta... Luisa... ¡Ah! si yo he creido alguna vez en la inocencia de una mujer, ha sido en la suya. Si yo descubriese que usted, mi querida Sofia, era una intrigante, una miserable, una hipócrita, no quedaria menos admirado. ¡Fingir el candor hasta ese extremo! Es infame. (*Se levanta y se pasea.*)

COND. No se incomode usted. Créame usted, y olvide pronto á esa familia que no tiene el derecho de serlo de usted. (*Se levanta.*) Despues de todo es su nombre de usted el que deshonran.

DUQUE. Carolina es mi hermana, Luisa es mi sobrina, son mi sangre. Yo no puedo echarlas de mi casa sin perderlas.

¡Ah! ¡no sé que hacer! soy bien desgraciado.

COND. En su lugar de usted yo no vacilaria ni un momento.

DUQUE. Aconséjeme usted, mi querida Sofia. Usted, que es la prudencia misma. Yo la prometo seguir su consejo.

COND. Pero... acaso yo no quiera que usted le siga.

DUQUE. ¿Tan malo es?

COND. (*Procurando dominar su tristeza.*) Malo para mí; pero bueno para usted.

DUQUE. ¿Pero qué es, pues?

COND. En su lugar de usted yo tomaria un partido... me entregaria al mundo... allí encontraria una jóden bella y noble, y bien educada, y la pediria en matrimonio.

DUQUE. (*Picado.*) ¿Quiere usted casarme? (Sandoval se engañaba.) (*Se sienta*)

COND. (*Observándole, y con mucha intencion.*) Si, no hay como un matrimonio para hacer olvidar á usted esa historia vergonzosa, y cambiar su porvenir. Los hijos de su hermana de usted le deshonran; pues bien, es menester que usted tenga hijos á quien legar su nombre... Conozco que le estoy incomodando, pero perdóneme usted, yo no sé encubrir mis sentimientos, y digo las cosas sin artificio, tal como las pienso... Considere usted... como se trocaria su situacion si estuviese casado, unido..... con esa tierna niña que suele asistir á sus reuniones, con la condesita de Valtierra por ejemplo. ¡Ah! es encantadora.

DUQUE. Pero usted delira: ¡la condesa de Valtierra, que apenas tiene quince años, y es mas pueril que su edad!

COND. ¡Vaya un mal! Casarse con un ángel de inocencia. Y muy amiga que es de Luisita.

DUQUE. Una niña de quince años quiere usted que se case con un viejo.

COND. ¿Viejo usted? Ah señor Duque, yo conozco mas de un jóven... (*Se interrumpe con coqueteria.*) Iba á adularle á usted.

DUQUE. Es cierto que yo no represento mi edad, pero la condesita de Valtierra es demasiado jóven para mí. Yo quiero que mi mujer pueda amarme.

COND. Y le amará, estoy segura de ello. Pero usted no desea casarse, y por eso busca escusas. No hablemos mas... (*Acercándosele.*) Sin embargo, ¿no es cierto, que en una afeccion séria, en los tiernos cuidados de una es-

posa, en esa existencia nueva encontraria usted la dicha que ahora le falta?... Solo su interés me mueve á aconsejarle. A mí, que tanto le estimo; me convendria mas que usted permaneciese libre. Ahora puedo ir á verle, consolarle cuando esté enfermo, pero luego que viva usted con su jóven esposa no me atreveré á importunarle. Ya ve usted, Duque, que para sacrificarme como yo lo hago... es menester quererle mucho.

DUQUE. (*Con ternura*) ¿Y no podria usted quererme sin sacrificarse?..

COND. No desearia otra cosa. Mas ¿qué seria de usted entregado á la soledad? (*Sonriendo.*) Yo no puedo estar siempre á su lado...

DUQUE. ¿Y por qué no? (*La toma una mano.*)

COND. (*Retirándola y levantándose.*) ¡Señor Duque!

DUQUE. (*Levantándose.*) ¿Qué imagina usted, que he querido decir? Yo conozco sus principios y no puedo proponerla nada que no sea digno de usted. Me ha comprendido mal si...

COND. Yo no lo comprendo todo.

DUQUE. No es falta de inteligencia, sino de voluntad.

COND. (*Sonriendo.*) No; explíquese usted; yo le prometo no incomodarme.

DUQUE. (*Ap.*) No adivina nada: y sin embargo me ama. ¡Qué mujer tan sencilla!

COND. Mucho reflexiona usted; es sin duda muy dificil de expresar.

DUQUE. Mucho... pero con un poco de destreza...

COND. Un profundo diplomático como usted debe saber decirlo todo.

DUQUE. Pues bien; el proyecto de usted me ha hecho inventar otro.

COND. ¿Otro?

DUQUE. Otro... que es... el mismo.

COND. ¡Oh! eso es muy oscuro, otro que es... el mismo... No entiendo, eso es demasiado oscuro.... eso es demasiado diplomático.

DUQUE. Es decir, el de usted con un cambio. Usted me ha pintado con tanto atractivo las dulzuras del matrimonio, que ha concluido por convencerme: estoy fastidiado ya de mi aislamiento y pienso en casarme... Pero no será la condesita de Valterra mi esposa sino otra persona

cuyos gustos estan mas en relacion con los mios; otra persona á quien hace tiempo que yo amo y que creo me profesa tambien algun cariño... ¿No adivina usted?

COND. (*Muy conmovida y con una tristeza mezclada de dignidad.*) No, señor Duque.

DUQUE. Diga usted mejor que no quiere comprenderlo. Usted busca un pretesto.

COND. (*Muy turbada.*) Lo que yo adivino es una locura.

DUQUE. (*Con agitacion.*) ¡Una locura amar á usted! Querer por esposa á la mas noble criatura, á un ángel de bondad, á mi amiga mas desinteresada.

COND. ¡Bien desinteresada! Tiene usted razon en pensarlo asi. Pero seria desmentir mi desinterés si yo abusase de mi amistad para arrastrarle á una locura que el mundo—debo confesarlo—no le perdonaria á usted nunca...

DUQUE. ¡Qué importa!..

COND. Yo no lo aprobaria... Seria un matrimonio detestable; y no consentiré nunca en él. Piense usted que no soy nada; que no tengo nada... ¡Ah! mi razon se turba... él casarse conmigo... yo me rio... él. . ¡Un duque, un embajador! Es una idea absurda, extravagante... Pero es igual; á mí me basta conque él haya tenido esa idea. ¡Ah! . (*Emocion violenta que ella finge moderar.*)

DUQUE. ¿Y por qué lo juzga usted imposible?.. Sin duda... usted no me ama...

COND. (*Con una mirada pudorosa y tierna.*) ¡Ah! ¡No es ese e obstáculo!

DUQUE. Pues entonces...

COND. Es imposible—se lo aseguro á usted—que yo pueda convenirle. Yo odio el mundo; todas sus vanidades me fatigan, sus placeres me fastidian: detesto el lujo... Si usted me dijera «iremos á vivir solos al campo con nuestro amor» yo contestaria. «Partamos en seguida, soy de usted para siempre.»

DUQUE. (*Agitado.*) Y bien, partamos. Esa existencia solitaria es mi sueño dorado. Iremos á donde usted quiera. Cerca de Granada tengo un palacio que estoy seguro ha de ser de su agrado... Nos casaremos y saldremos en seguida. Alli viviremos el uno para el otro lejos de las miradas de todos.

COND. ¡Qué pensamiento tan seductor! Estoy confusa y avergonzada. Una dicha tan superior á mis merecimientos.

Yo... cuyo único deseo era el de sacrificarme...

DUQUE. ¿Eso le contraría á usted?

COND. Mucho.

DUQUE. ¡Qué encantadora!

COND. Pero el tiempo corre, y si he de conducir á Luisita al convento...

DUQUE. Tiene usted razon: combinemos pronto nuestros proyectos... Usted saldrá mañana para Toledo, allí irá usted á parar á casa de un antiguo amigo mio, á quien escribiré hoy mismo. Yo entre tanto persuado á mi hermana á que emprenda el viaje á Roma con su hija... si se resiste, traeré á Luisa para que usted se la lleve; en Toledo será fácil encontrar un convento donde dejarla. Dentro de tres dias volaré á reunirme con usted, y las bendiciones de la Iglesia nos unirán hasta la muerte.

COND. (*Turbada.*) ¡Me parece que estoy soñando! Esta dicha inesperada... despues de tantos años de soledad y de fastidio. Esta alegria repentina ¡oh!.. es demasiado para mí. Perdone usted mi emocion, pero... no puedo dominarme... ¡Ah! ¡Cómo estoy obligada á amarle! (*Llora.*)

DUQUE. ¡Sofia! ¡Qué dia tan feliz! ¡Y yo que habia entrado aqui con el corazon desolado! ¿Qué poder tiene usted?

COND. Váyase usted pronto: tengo que preparar mi viaje, y si me viesen ahora, cualquiera adivinaria la causa de mi turbacion. (*Con ternura.*) Váyase usted. (*El Duque, olvidándose su baston.*) Señor Duque ¿y el baston? Que se le deja usted olvidado.

DUQUE. Me siento tan rejuvenecido que olvido hasta de mi muleta.

COND. Y los guantes... (*Se los alarga.*) Es usted un aturdido.

DUQUE. ¡Soy un hombre dichoso! (*Le toma la mano y se la besa. La Condesa le acompaña con ternura hasta la puerta; luego que ha salido cierra y vuelve al centro de la escena.*)

ESCENA III.

CONDESA *sola con aire de triunfo.*

¡Duquesa! ¡Yo duquesa!.. Voy por fin á respirar el aire de los salones, el aire que conviene á mi orgullo! Yo no he nacido para vejetar entre las clases bajas de la sociedad, en medio de las privaciones de esa existencia

mezquina y miserable. En esa atmósfera de humillacion y de miseria que ahoga... ¡Hé aqui mi sueño realizado! ¡Mis enemigos tendrán que soportar mi elevacion! ¡Ah! ¡La aventurera, la intrigante, la hipócrita, la mujer de historia, como ellos me llamaban, es ya una gran señora, uno duquesa!.. Carolina, esa mujer altiva, cuya mirada me hace daño, tendrá que llamarme su cuñada; su hija pasará á ser mi sobrina! Separándolas del lado del Duque... conseguiré, no solo ser su esposa, sino tambien su heredera. La alegria de mi triunfo me embriaga y me desvanece..... ¡Ah! Me olvidaba de que espero á Carlos..... su sola vista me hace temblar... Dos veces le he encontrado en mi camino y ninguna he podido engañarle... Es menester que ahora triunfe de él... (*Llaman.*) ¡Ah! ¡Valor! debe ser él.

ESCENA IV.

CONDESA, FERNANDO.

FERN. Soy yo...

COND. (¡Qué contratiempo!) Necesito desprenderme de este hombre, que ya no necesito.)

FERN. (*Ap.*) En mala hora llego. (*Alto.*) Señora, he insistido en entrar porque queria darle á usted cuenta de mi entrevista con el Duque. No debo ocultárselo á usted, pero me parece que por ahora no piensa en casarse.

COND. ¿Está usted seguro? (*Con ironia y desden.*)

FERN. Acaso me equivoque. Pero él acaba de salir de aqui y la debe haber dicho á usted...

COND (*Con sequedad.*) Nada.

FERN. ¿Pero no le ha recibido usted?

COND. Si.

FERN. (¡Qué cambio!) ¿No merezco ya la confianza de usted?

COND. Nunca ha sido usted mi confidente... Sin embargo...

FERN. No; ¡pero ha querido usted hacerme su cómplice!

COND. ¡Su cómplice! De qué...

FERN. De los proyectos de su ambicion.

COND. ¿De mi ambicion? No comprendo. Sandoval, tengo que salir, y con permiso de usted...

FERN. Señora, si se rompe nuestra alianza no olvide usted que poseo el secreto de su viudez y que...

COND. Caballero, la calumnia no puede hacer daño en boca de ciertas personas. (*Váse.*)

FERN. ¡Qué audacia!

ESCENA V.

SANDVOAL *solo.*

¡Me declara la guerra! Pues yo la juro que he de vengarme. (*Pausa.*) ¿Pero qué he de hacer? Si la debo esos cuatro mil duros que me tienen ligado á ella... ¿Y por qué he de contribuir yo á la deshonra de esa niña y á la desesperacion de su pobre madre? Porque sea su deudor ¿he de ser su cómplice? ¡No: mi debilidad me ha convertido hasta aqui en un instrumento suyo y es preciso romper... romper para siempre! Me demandará... ¿Qué importa? ¿Pero y si repite contra mi fiador y le embarga sus bienes y le arruina?.. ¡Ah! Si Pimentel, si ese jóven rico y amable que va á casarse con Luisa, al saber mi situacion... me tendiera uno mano y me prestase... yo me convertiria en un aliado, en un esclavo suyo, y le revelaria cuanto sé de esa infame, y juntos conseguiriamos hacerla sucumbir. (*Viéndole entrar.*) ¡Qué veo! La Providencia me lo envia... Si yo me atreviera...

ESCENA VI.

DICHO, PIMENTEL.

FERN. Caballero...

PIMENT. Adios, señor de Sandoval.

FERN. ¿Está usted muy triste?

PIMENT. Estoy desesperado. Daria por ver justificada á Luisa hasta mi vida.

FERN. No se necesita tanto...

PIMENT. ¿Usted no la cree culpable, verdad?

FERN. No soy tan cándido.

PIMENT. (*Alargándole la mano.*) ¡Ah! ¿Habla usted sinceramente?

FERN. Y tanto, que estoy dispuesto á ayudar á usted á descubrir su inocencia si usted me compromete su palabra de prestarme un favor...

PIMENT. ¿Qué favor?

FERN. Ya le sabrá usted á su tiempo.

PIMENT. ¡Cómo! ¿eso no es una broma, ni una nueva intriga?

FERN. Aseguro á usted que no.

PIMENT. Pero usted, amigo de la Condesa... ¿qué interés puede tener?

FERN. Estoy ligado á esa mujer, á quien detesto, por una deuda. Me repugna el papel de cómplice, y quiero trabajar una vez en favor de las personas honradas.

PIMENT. ¿Y usted puede suministrarme ahora mismo las pruebas de su inocencia?

FERN. No; pero tengo un presentimiento seguro de ella; necesito antes hablar con el jardinero del Duque; hacer un viaje á Aranjuez y tomar ciertos datos.—Mañana á la tarde estaré aqui de vuelta y mucho me equivoco ó Luisa quedará salvada.

PIMENT. ¿Pues qué hay entonces de cierto en esos rumores?

FERN. Hay mucho de verdad y de mentira; hay que procurar no creer lo falso y averiguar lo verdadero. Ese es mi objeto. ¿Conque acepta usted mi alianza?

PIMENT. (¿Qué pierdo en ello?) Puede usted contar con mi palabra.

FERN. Pues hasta mañana. (*Sacando el reloj.*) En el tren que llega á las cinco haré mi regreso. Una palabra todavia. (*Se entreabre la puerta del gabinete de la Condesa.*)

FERN. Hasta mañana.

ESCENA VII.

CONDESA, CARLOS.

PIMENT. Señora, suplico á usted que me perdone si vengo á importunorla...

COND. Tome usted asiento. Un antiguo amigo como usted no me importuna nunca. Al contrario, esperaba con impaciencia su visita.

PIMENT. ¿Con impaciencia?

COND. Si, porque adivino su objeto. Su padre de usted le habrá dicho, que la relacion de esa triste aventura se ha hecho en mi casa... y usted querrá saber, qué motivo he tenido yo para contarla. Carlos, usted no habrá olvidado que hace poco mas de un año nos conocimos en

Aranjuez...

PIMENT. Lo recuerdo todo.

COND. Una noche en el baile de...

PIMENT. Si; en un momento de alucinacion hablé á usted de amor, de pasion vehemente, de esclavitud y de todas esas cosas de que se acostumbra á hablar á una mujer muy hermosa al fin de un wals. Todo lo recuerdo; pero no comprendo...

COND. Un momento todavia. El silencio conque yo acogí sus palabras, y la jovialidad con que el marqués de Espinosa me empezó á hablar al separarme de usted, le hicieron creer que habia tenido la imprudencia de dirigirse á una mujer comprometida con otro. El despecho se apoderó de usted, y algunos chistes dichos con el ingenio y la punzante ironia que le son á usted habituales, convirtieron aquella noche á la Condesa del Espino en un asunto de agradable murmuracion.

PIMENT. Señora...

COND. Todo lo recuerdo. Pues bien, aquel agravio injusto lejos de engendrar en mi corazon un odio irreconciliable hácia usted, me ha hecho desear su amistad con vehemencia. Desde aquel suceso no he hecho sino desear una ocasion en que prestarle un servicio, que le ligara á mí con los lazos de la gratitud. Antes de anoche, una de las personas que estaban de visita en mi casa, dió la noticia de su casamiento de usted con Luisa de Monteverde. Un movimiento irresistible de indignacion se apoderó de mí. ¡Cárlos!.. me dije á mi misma... ese jóven de brillante talento, ese enemigo á quien yo admiro, á quien yo estimo entre todos los hombres, va á unirse con una pobre niña de quien se cuenta... Y llevada de ese sentimiento generoso, quise anticiparme á prestar á usted el servicio que hubiera podido hacerle su mejor amigo.

PIMENT. Señora, yo no puedo admitir esa explicacion. ¡La rechazo en nombre de la inocencia de Luisa!

COND. (*Con ironia.*) ¿De su inocencia? Es decir, que segunda vez, una mala inteligencia le hace á usted obrar conmigo como un loco.

PIMENT. Señora, me encuentro en una situacion horrible. Su amistad de usted me obligaria á dudar del ángel á quien adoro; deseo su odio de usted, le necesito. Si

usted conoce los pormenores de esa infame aventura, es menester que me los revele ahora mismo.

COND. Si tal hiciera, obraria con demasiada crueldad. Bástele á usted saber que la historia es espantosamente verdadera.

PIMENT. ¿Y quién responde de esa verdad? ¿El testimonio de usted?

COND. El del jardinero, el de todo el mundo.

PIMENT. (*Con ironia.*) Y el de don Fernando de Sandoval.

COND. (*Con desden.*) No sé como opinará ese hombre; pero creo que el mayor daño que puede hacer á la pobre niña es tomar su defensa.

PIMENT. (*Dudando.*) Pero es posible... Vamos, nunca podré creerlo.

COND. La misma energia conque usted rechaza mis palabras, le enaltece á mis ojos. ¡Qué corazon tan noble el de usted! Vamos, antes de aceptar mi amistad, ¿quiere usted verificar una prueba?

PIMENT. Lo deseo con ánsia.

COND. Hable usted con al tio Juan, con ese buen hombre que ha visto nacer á Luisita, que hace mas de veinte años que come el pan de su casa, y en seguida vuelva usted á verme.

PIMENT. Acepto. La duda es peor que la mas horrible certidumbre. Adios, señora.

COND. Adios, mi futuro amigo.

ESCENA VIII.

CONDESA *sola.*

Mi triunfo es seguro. Impido por el pronto el casamiento de Luisa, y cuando el marqués de Espinosa vuelva de la Habana seré ya la Duquesa de Monteverde.

ESCENA IX.

DICHA, DUQUE, LUISA.

COND. ¡El Duque!

DUQUE. Aqui traigo á Luisita.

COND. (*Al Duque.*) (¿Y su mamá?)

DUQUE. (No me he atrevido á decirla nada. He pensado que lo mejor es que parta usted en seguida, y se lleve la niña.)

COND. (Pero ella...)

DUQUE. (Ella está de acuerdo. La he hecho creer que es menester que su casamiento se verifique en Toledo.)

LUISA. ¿Conque todavia está usted así? Y el tio, que me habia dicho que me estaba usted esperando ya vestida.

COND. Al momento vamos.

LUISA. Yo misma voy á meter prisa á esa buena Eusebia.

ESCENA X.

CONDESA, DUQUE.

COND. Pero me parece una resolucion demasiado violenta. Sin avisar antes...

DUQUE. Yo la tomo bajo mi responsabilidad. Ea, despáchese usted; que si mi hermana vuelve á casa y nota la ausencia de su hija, la tenemos aqui en seguida.

COND. Voy. (*Al salir, entra Carolina.*)

ESCENA XI.

DICHOS, CAROLINA. *La Condesa y el Duque se quedan desconcertados al verla.*

CAR. (*Con dignidad.*) ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? (*Al Duque.*) Me han dicho que ha salido contigo ..

COND. Tranquilícese usted, señora. Aqui está.

CAR. Esta no es su casa; yo no quiero que permanezca aqui ni un minuto siquiera. Asi espero... ¡Es su voz!... (*Va á entrar en la habitacion contigua.*)

DUQUE. (*Interponiéndose.*) Y bien, yo la he traido para llevarla á un convento.

CAR. ¡A un convento! ¡¡Mi hija á un convento!!

COND. El señor Duque, tutor de Luisa, ha pensado que despues del escándalo...

CAR. El Duque no ha pensado semejante cosa. Usted es quien le ha metido esa idea en la cabeza.

DUQUE. ¡Carolina!

COND. ¿Y qué motivo tiene usted para creer que esa idea sea mia?

CAR. ¡Que es una idea infernal que deshonraria á mi hija! Encerrar á una jóven á quien se calumnia, es hacerse cómplice de sus calumniadores, es perderla. Ahora que se murmura de ella es cuando debe presentarse en público. Yo he pasado hoy todo el dia llorando. Mañana yo saldré con mi hija y todas esas repugnantes y absurdas mentiras se desvanecerán con su presencia.

COND. Yo conozco todo lo que el corazon de una madre, y de una madre tan apasionada como usted debe sufrir; pero señora, su celo imprudente puede comprometerla mas todavia. El marqués de Espinosa estará de vuelta dentro de algunos meses y entonces...

CAR. ¡El marqués de Espinosa! ¿De quién habla usted? Yo no le conozco.

COND. (*Con malignidad.*) Luisita le conoce.

CAR. Eso es falso. Mi hija no ha visto en su vida á semejante hombre.

DUQUE. (*Indignado.*) No insultes á una señora que merece todos mis respetos.

COND. La injusticia de esta madre desolada no puede hacerme daño: sus injurias son los gritos de su dolor y yo se las perdono.

DUQUE. Lejos de insultarla debes agradecerla la proteccion que dispensa á tu hija.

CAR. ¿Mi hija protegida por su mas cruel enemiga!

DUQUE. ¡Su enemiga!

CAR. ¿Tú no sospechas nada? Esta mujer te ha puesto ciego.

DUQUE. Esta señora es la que yo he eligido para que lleve mi nombre, y te prevengo que la respetes en mi presencia.

CAR. ¡Se va á casar con ella! Todo se explica entonces. Calumnia á mi hija para separarnos de su lado y aprovecharse de su aislamiento. (*A la Condesa.*) Muy bien urdido, señora. (*Al Duque.*) Pero tú no sabes que...

DUQUE. Yo sé que la Condesa del Espino es digna de mí; yo no hallaré nunca en ella nada que me haga sonrojarme. ¡Ojalá que pudiera decir lo mismo de todas las mujeres de mi familia!

CAR. ¡Ah! ¡Me insultas!.. ¿Es menester que mi hija sea culpable para que esta señora permanezca honrada? Pero yo la desenmascararé.

DUQUE. Cuídate tú de justificar á tu hija y no pienses en desenmascarar á tus pretendidas enemigas... Si yo tuviera

alguna duda seria menos severo; pero el jardinero...

CAR. El jardinero, si, yo le espero; va á venir de un momento á otro, y entonces sabremos la verdad. Y entonces ¡ay! de aquella que haya calumniado á mi hija...

DUQUE. ¡Amenazas! ¡Cuando debieras inclinar la cabeza! ¡Madre imprudente!

COND. Sosiéguese usted, señor Duque.

DUQUE. ¡Tratar asi á usted, á quien debe mirar ya como de la familia! Su bondad de usted me la hace parecer mas indigna. (*A Carolina.*) Por última vez, ¿quieres que lleve á tu hija á un convento?

CAR. Jamás lo consentiré.

DUQUE. Pues vete con ella á donde yo no os vuelva á ver. Yo no puedo consentir en mi casa unos parientes ingratos á quienes yo he colmado de beneficios para que me ultrajen y me deshonren.

CAR. ¿Me arrojas de tu casa? (*Llorando.*)

ESCENA XII

DICHOS, LUISA.

LUISA. Mamá, ¿lloras porque nos vamos á separar por unos dias?

CAR. Ven, hija mia.

LUISA. Ya espera Eusebia á que usted vaya.

CAR. Ven, hija mia. (*Se la lleva empujándola.*)

DUQUE. Ya no me queda mas que usted en el mundo.

COND. ¡Señor Duque! Compadézcase usted de ellas. Mi buen corazon me obliga á tomar su defensa.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion en casa de Carolina.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA, PIMENTEL, *entrando.*

CAR. ¡Ah! ¡Carlos! ¡Le esperaba á usted con impaciencia. ¿Qué noticias me trae usted?

PIMENT. Malas, señora; mi padre es inflexible; nada he podido alcanzar por mas que le he dicho que estaba seguro de la inocencia de Luisa. ¿Y el Duque?

CAR. Mi hermano nada quiere escuchar; esa mujer, esa Sofia ha dominado su voluntad. Se casa con ella y á mi pobre Luisa y á mí nos arroja de su lado.

PIMENT. ¿Pero Luisa lo sabe todo?

CAR. Aun no he tenido valor para decírselo.

PIMENT. Nada la diga usted, ¡quién sabe! A pesar de cuanto me ha dicho Sofia, no me resigno á creer que salga triunfante su calumnia.

CAR. ¡Sofia! ¿La ha visto usted? ¿Y qué pruebas presenta en apoyo de su miserable impostura?

PIMENT. La sostiene con una seguridad que me haria vacilar á mí mismo si no la conociera tan bien: dice que ha visto al jardinero, que no se ha atrevido á negar nada, y que era visible su turbacion.

CAR. No lo crea usted; el tio Juan es un hombre honrado, y aunque nos quiere mucho seria incapaz de mentir. Lo que él diga será la verdad.

PIMENT. ¿Le está usted esperando?

CAR. No tardará en venir á sacarnos de esta angustiosa incertidumbre.

PIMENT. ¡Tiemblo á mi pesar! hay un aplomo en las palabras de Sofia que me llena de espanto. Quién sabe si habrá en esto algun terrible misterio, alguna imprudencia de esa pobre niña, que Sofia con su infernal habilidad habrá convertido en un crimen! Señora... perdone usted esta pregunta: ¿no se acuerda usted de alguna circunstancia que tenga relacion con esto?

CAR. Yo estaba enferma entonces, atacada de contínuo delirio y no podia velar por mi hija... pero me basta el ser quien es, y respondo de ella.

PIMENT. En fin, todavia nos queda una esperanza: Sandoval, el confidente de esa mujer á quien desprecia y con la cual estaba unido por una cuestion de intereses, se ha pasado á nuestro servicio: ha marchado á Valencia y me ha prometido traer las pruebas de la inocencia de Luisa.

PIMENT. ¡Débil esperanza! yo solo las tengo en la declaracion del jardinero.

CRIADO. Aqui está el tio Juan, señora.

CAR. Que entre.

ESCENA II.

DICHOS, *el* TIO JUAN.

JUAN. Buenos dias nos dé Dios, señora; buenos los tenga usted, señorito.

CAR. Acérquese usted, tio Juan: tengo que hacerle á usted una pregunta.

JUAN. ¿Una pregunta?

CAR. Si; me han contado una cosa que no puedo creer, y queremos que usted nos diga la verdad.

JUAN. (*Turbado.*) ¿La verdad?

CAR. La verdad, sea cual sea: ese es el deber de usted.

JUAN. (*Muy confuso y triste.*) Si la señora me va á preguntar

sobre lo que pasó en Aranjuez... ya me preguntaron esta mañana y no quise responder... y vamos, si la señora se empeña yo la responderé á la señora... pero se tiene que ir este señorito.

PIMENT. (*Ap.*) ¡Dios mio!

CAR. Tiene usted que hablar delante de este caballero, que es don Carlos Pimentel.

JUAN. ¡Ah! conque este caballero es el que tenia que casarse con la señorita Luisa; vaya, pues no lo digo delante de él.

PIMENT. (*Alejándose.*) Yo volveré.

CAR. Quédese usted, Carlos; es preciso que lo sepa usted todo.

PIMENT. Me quedo, señora; nuestra causa es la misma, y lo que yo oiga quedará guardado para siempre en mi pecho.

CAR. (*Le estracha la mano.*) Gracias, Carlos. (*Se sienta en el sofá que está á la derecha: Pimentel se apoya en el respaldo.*) Vamos, tio Juan, ya le escucho á usted.

JUAN. Señora, máteme Dios y no me perdone en la hora de mi muerte si miento; pero mas hubiera querido ver heladas las mejores plantas del jardin que tener que venir aqui y hacer lo que usted me manda.

CAR. Hable usted, tio Juan, yo se lo mando.

JUAN. Bien sabe la señora que hace veinte años que estoy al servicio de la casa y que seria capaz de dejarme hacer pedazos por mis amos.

CAR. Ya lo sé, tio Juan, ya lo sé.

JUAN. Bien sabe la señorita que yo no quiero ofenderla y que soy incapaz de echar una mentira.

CAR. Por lo mismo estoy segura de que me dirá usted la verdad sin ocultarme ni una palabra. ¿Se acuerda usted bien?

JUAN. ¡Ojalá que no me acordara! era por agosto, ahora hay un año, la noche del 27 al 28 por cierto. Yo me habia acostado temprano como siempre... cuando á las tres de la mañana me despierto asustado, y... guau... guau... oigo ladrar al perro. Me levanto, agarro la escopeta y voy á ver lo que pasa. Me acerco callandito por entre los árboles... me pongo á escuchar y no oigo nada; miro, y á la luz de la luna distingo un vestido blanco que atravesaba por la calle de enmedio...

me acerco con prevencion y conozco á la señorita Luisa... pero no iba sola; la acompañaba un hombre y yo dije: vamos, será el médico que vendrá á ver á la señora... pero en cuanto estuve mas cerca, conocí que no era él... y vamos, no me pregunte usted mas, señora.

CAR. Acabe usted; yo se lo exijo.

JUAN. Es que... ¡pobre señorita! ¡Yo que la vi nacer y la tuve tantas veces cuando niña jugando sobre mis rodillas!

CAR. ¡Hable usted, por Dios! ¡No ve usted la ansiedad en que estoy!

JUAN. (*Afligido.*) Ya que se empeña la señora... la señorita Luisa acompañó á aquel caballero hasta la puertecilla pequeña del jardin, en vez de guiarle hácia la puerta principal.

PIMENT. Acaso seria algun practicante del médico...

JUAN. No señor: la señorita Luisa le trataba con confianza... con cariño... le ponia la mano en la espalda... le tuteaba con la misma ternura que una mujer á su marido. ¡Ah! se necesita que una mujer quiera mucho á un hombre para que le trate de aquel modo..

CAR. (*Consternada.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

JUAN. Tambien yo estaba sofocado por la indignacion y por la pena. Por eso mientras la señorita Luisa abria la puertecilla del jardin, salté por cima de la tapia para detener á aquel pícaro. Pero me hallé con que era el señorito don Luis Espinosa, el hijo del marqués, y como yo sabia que las familias estaban mal, dije para mis adentros, como la señorita no le puede ver de dia nada tiene de particular que le vea de noche. Lo que á mí me apuraba era el temor de que alguien los hubiese visto... porque cuando don Luis se fué sentí cerrarse una de las ventanas de la fonda que daban al jardin... esta es la verdad, señora: no me la hubieran arrancado ni con tenazas si usted no se hubiera empeñado en saberla. Pero perdone usted á la señorita. (*Llora.*)

CAR. Muchas gracias, tio Juan: ha dicho usted la verdad; yo se lo agradezco.

JUAN. Señora... yo no puedo seguir en la casa despues de esto... quede la señora con Dios.

CAR. No, tio Juan: acaso tenga necesidad de usted muy

pronto: quédese usted hasta entonces.

JUAN. Con Dios, señora... (*Se va llorando.*)

ESCENA III.

DICHOS, *menos el tio* JUAN.

CAR. (*Se deja caer abatida en una butaca y llora.*)

PIMENT. ¿Pero usted cree eso?

CAR. (*Sollozando.*) Señor de Pimentel, le devuelvo á usted su palabra; es usted libre.

PIMENT. (*Con energia.*) No haré uso de esa libertad, señora. No puedo creer á Luisa culpable. Y aun cuando todos duden de ella, aun cuando dudara usted, que es su madre... yo, que no la he conocido en la cuna, que no la he llevado en mis brazos cuando niña, que no he visto como usted crecer su hermosura, desplegarse su alma castísima, desenvolverse su brillante imaginacion, su pensamiento tan noble y puro, yo que la conozco apenas, yo la declaro, yo la juzgo, yo la siento inocente!

CAR. Usted la ama y...

PIMENT. El amor es inclinado á los celos. Si ella no fuera inocente yo hubiera sido el primero en sentir las sospechas.

CAR. La relacion de ese hombre... su cariño á nuestra familia, y sobre todo á esa niña, á quien ha visto nacer...

PIMENT. El tio Juan se ha equivocado. Ha confundido á Luisa con alguna doncella de usted.

CAR. No es posible que confunda á mi hija con otra, y ademas, para que él afirme del modo que lo hace, que la ha visto, es menester que la haya observado y conocido positivamente...

PIMENT. De modo que usted cree...

CAR. (*Muy agitada.*) No sé lo que creo, ¡Dios mio! Pero si ella es tan cándida, si no se ha separado nunca de mi lado...

PIMENT. (*Con exaltacion.*) Es imposible. Señora, para salir de esta situacion lo mejor es preguntarla á ella.

CAR. Eso es lo que pienso hacer. ¿Pero cómo interrogarla? Yo no queria... no sé qué preguntas hacerla... temo...

PIMENT. Vamos, reuna usted todo su valor y hágala llamar.

CAR. En seguida. ¿Pero usted va á estar delante?

PIMENT. ¿Y por qué no?

CAR. Su presencia la turbará.

PIMENT. Al contrario, la animará. Conocerá que yo estoy de su parte.

CAR. Y yo tambien.

PIMENT. ¿Pero usted duda?

CAR. No, pero hay circunstancias que me consternan. La escandalosa fama de calavera que tiene ese marqués de Espinosa; su osadia... la enemistad que ha habido siempre entre su familia y la nuestra... En fin, es para volverse loca.

PIMENT. Estoy impaciente. Tengo calentura. (*Llama.*)

CAR. (*A un criado que aparece.*) ¿Dónde está la señorita Luisa?

CRIRDO. En su cuarto, señora.

CAR. Que venga. (*Váse el criado.*) Carlos, ¿por dónde empezaremos el interrogatorio?

PIMENT. Pregúntela usted desde luego si conoce al marqués de Espinosa.

CAR. ¡Oh! no; eso seria advertirla de la importancia de sus respuestas. Tome usted un periódico y haga usted como que lee una noticia referente á él... ¡Ya la oigo! Tiemblo como una azogada.

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA, CAROLINA *sentada en un sofá:* CARLOS *cerca de un velador.*—LUISA *con una bata blanca sale arreglándose los pliegues.*

LUISA. Me he probado todas mis batas. Tengo dos azules, una verde y otra negra... pero la que mejor me sienta es la verde. Bien me decia madame Camila al probármela: «con esta bata parece usted toda una mujer. ¡Aparenta usted seis años mas!» Y ya estoy yo cansada de oirme llamar niña. ¿Me has mandado venir, mamá? ¿Pero qué tienes? ¡Qué pálida estás! Estás mala.

CAR. No, hija mia.

LUISA. Tienes una cara de pena.

CAR. No tengo nada.

LUISA. (*A Pimentel.*) ¿Por qué está mi mamá tan triste? ¿Me ha sucedido alguna desgracia?

PIMENT. No; pero va usted á casarse, y siempre es una pena para una madre el que su hija se case.

LUISA. ¿Por qué? (*Acercándose mas á su mamá.*) ¿Es cierto, mamá, que estás triste por eso? Entonces yo esperaré...

CAR. (*Haciéndola sentar á su lado.*) Es una pena que yo deseo, hija mia; pero siempre el matrimonio es una cosa demasiado seria.

LUISA. ¿Es menester estar triste?

PIMENT. No: bien ve usted que yo estoy alegre.

LUISA. Si, pero ella...

PIMEMT. Dar una hija en matrimonio es separarse de ella, y esta separacion...

LUISA. ¡Separarnos! ¿Y por qué no hemos de vivir juntos?

CAR. Aunque eso sea; tu cariño me pertenece ahora á mí y dentro de poco tendrás que compartirle con tu esposo.

LUISA. Por mucho que yo quiera á mi esposo siempre te querré á tí como á mi mamá. (*La da un beso.*)

CAR. (*Bajo á Carlos.*) Me sucede lo que á usted; cuando la oigo...

PIMENT. (Yo no tengo ningun temor; pronuncie usted ese maldito nombre...)

CAR. Si, obsérvela usted. (*Alto á Luisa.*) Qué linda estás. ¿Por qué te has compuesto de ese modo?

LUISA. Para comer en casa del tio.

CAR. (*Turbada.*) ¡Ah!

LUISA. ¿Te habias olvidado de que es hoy miércoles?

CAR. (*Con embarazo.*) Hoy no podemos comer con él. Se ha puesto peor.

LUISA. ¿Y no lo has dicho? Voy á verle ahora mismo...

CAR. No podrás verle. Está hoy muy ocupado con uno de sus antiguos amigos con quien ha estado reñido mucho tiempo. Acaban de hacer las paces y tienen mucho de que hablar.

LUISA. ¿Con quién?

CAR. ¿No te acuerdas tú del padre del marqués de Espinosa, de aquel jóven que metió tanto ruido el año pasado en Aranjuez con sus apuestas de caballos? (*A Carlos.*) ¡Se ha turbado, Dios mio!

LUISA. Si, me acuerdo; ¿y su padre, ha hecho las paces con el tio?

CAR. Estaban reñidos por causas de política y no han querido prolongar por mas tiempo una enemistad tan poco

justificada. Ademas, segun dice el marqués, su hijo le estaba hablando siempre muy bien de tí, á quien aseguraba que queria mucho...

LUISA. ¿Eso dice?

CAR. Si, y añade que le ha contado que cuando yo estuve enferma, casi á la muerte, venia á saber todos los dias de mi salud, y que tú...

LUISA. No, mamá: nunca ha venido ese jóven á saber de tí.

CAR. Eso es lo que digo yo. Si él hubiera venido una sola vez, tú me lo hubieras contado. Pues para que veas hija mia, qué cosas se inventan. No falta quien asegura haberos visto á los dos juntos en el jardin.

LUISA. (*Levantándose.*) ¡Nos han visto!

CAR. (*Id. consternada.*) ¿Es cierto?

LUISA. ¿Y quién nos ha visto?

CAR. ¿Pero es cierto, es cierto, desgraciada?

PIMENT. (*Que se ha levantado tambien, bajo á Carolina.*) Cálmese usted, por Dios, y apuremos la verdad.

CAR. (*Con una voz muy dulce.*) ¿Pero cómo no me lo has contado, hija mia?

LUISA. Hubiera hecho muy mal.

CAR. Entonces tú tenias el sentimiento de tu imprudencia.

LUISA. ¿Qué imprudencia? Él me juró guardar el secreto, y yo he cumplido por mi parte la promesa.

CAR. Tienes razon; los juramentos se deben cumplir. Pero explícame esa historia, porque yo no la comprendo bien; me la deben haber contado mal. Dicen que te vieron sola con Luis en el jardin, y que esto pasó, hará como un año, citan hasta la fecha, en el mes de julio, y precisamente en la noche del 28 al 29...

LUISA. No mamá, eso es falso...

CAR. Bien decia yo...

LUISA. Fué en la noche del 27 al 28...

CAR. (*Sin poderse dominar.*) Y... estuviste en el jardin con ese...

PIMENT. Por Dios, Carolina.

CAR. Segun parece tú le abriste la puerta pequeña, y al despedirse de tí para agradecerte el servicio que le hacias estuvo muy afectuoso contigo.

LUISA. ¿Él? no, lo único que hizo fué besarme la mano; yo era quien le acariciaba.

CAR. ¡Tú! ¡tú! ¿pero por qué?

LUISA. Porque era preciso. Sin eso estabamos perdidos.

CAR. (*A Carlos.*) ¡Es para volverme loca!

PMENT. Pero déjela usted que acabe. (*A Luisa.*) Pero veamos, Luisita, ¿y por qué trataba usted asi á un jóven á quien no conocia?

LUISA. Mira el celoso. Es muy sencillo. Aunque os fastidie voy á tomar la historia desde el principio. Ya os he dicho que fué el 28 de julio. Tú estabas enferma hacia tres semanas, muy enferma, llevabas ya dos dias delirando. Tenias los ojos tan brillantes, y no conocias á nadie. Figúrese usted cómo estaria, que cuando yo me acercaba, se ponia á gritar «vete, yo te odio.» Me decia esto á mí, á mí. Otras veces me llamaba: «Hija mia, ¿dónde estás?» cuando yo estaba abrazada á ella. En fin, aquella noche, el médico que la ha salvado, se retiró á las doce, encargando que á las tres precisamente se la despertara para darla una bebida. Yo me empeñé en que se la habia de dar, y Teresa y Juana en que me acostara. Me salí con la mia como siempre, y me senté á su cabezera. Para que vea usted si hice bien, á la media hora de marcharse el médico las dos criadas estaban ya como dos troncos.

CAR. Bien, hija mia, no cuentes tantos detalles.

LUISA. Déjame. Habia un silencio tan profundo, que no se oia mas que la péndola del reloj que estaba en el gabinete inmediato. Como yo tenia el de mamá colgado al cuello, de repente me ocurre la idea de parar el otro temiendo que la despertara. ¿Querrá usted creer que aunque estaba tan cerca la habitacion entré con tanto miedo que iba rezando? No hice mas que tocar á la péndola, cuando oigo en el jardin al leon, al perro grande de presa, que no sé si usted habrá visto, que ladraba como un furioso. Ay Dios mio, dije, va á despertar á mamá; sin reflexionar en mas, tomo una lamparilla, y como el cuarto de mamá daba al jardin, me planto en seguida en él. Abro la puerta, ¿y qué dirá usted que veo alli al pié de nuestras ventanas? Al leon abalanzándose al cuello de un jóven que se defendia de él sin poderle sujetar. «Señorita, me grita el pobre caballero al verme, por favor llame usted á este animal; y reconozco al hijo del marqués de Espinosa.» Yo le conocia mucho de vista. Una compañera de colegio me

le habia enseñado muchas veces en el Prado. Déme usted la mano, le digo, y haga usted como que me acaricia.

CAR. (*Abrazándola.*) ¡Hija mia! (*Estrecha la mano de Carlos, y se apoya sobre su hombro.*)

LUISA. Pues como iba diciendo; él comprendió en seguida mi intencion. Me alarga la mano, y yo empiezo á decirle al leon acariciando asi á Espinosa. (*Se vuelve hácia Carlos.*) Con usted no, con mamá. (*La pone la mano sobre la espalda.*) «Es Luis, ¿no le conoces? Es un amigo á quien queremos mucho; calla, no ladres, bárbaro que vas á despertar á mamá.» Mis palabras hicieron tal efecto en el leon, que calló en seguida, y se retiró un poco medio gruñendo. Señorita, me dijo Espinosa entonces, acábeme usted de salvar enseñándome la puerta de salida.—Pero cómo ha entrado usted aqui, le pregunté yo.—Me he arrojado desde aquella ventana—me contestó enseñándome la única de la fonda, que daba al jardin de casa.—Pertecezco á una sociedad secreta —me añadió, y al oir que la policia venia á sorprendernos no he reparado en la distancia. Cogidos de la mano porque leon seguia enseñando los dientes, llegamos hasta la puerta pequeña, y alli antes de salir me suplicó que guardara el mayor secreto sobre esta aventura que comprometia su honor. Al cerrar yo la puerta me besó la mano y echó á correr como un desesperado. (*Carolina y Carlos la abrazan á un mismo tiempo.*)

CAR. ¡Hija de mi alma, qué peso me has quitado del corazon! (*Llorando.*) He podido resistir al dolor, y no puedo soportar la alegria.

LUISA. Pero mamá ¿qué ocurre? ¿Estais locos?

PIMENT. Nada, nada, Luisa mia. (*A Carolina.*) Ahora es menester no perder los momentos.

CAR. ¿Pero de qué medios nos valdremos para que su rehabilitacion convenza á todos?

PIMENT. Si, tiene usted razon; es necesario que los rumores desaparezcan.

ESCENA V.

DICHOS. *Un* CRIADO.

CRIADO. El señor de Sandoval pide permiso para entrar.
PIMENT. ¡Ah! ¡Sandoval! Que pase. (*Váse el criado.*)

ESCENA VI.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. (*A Carlos.*) ¡Un abrazo! ¡Victoria, victoria completa!
CAR. Hable usted en seguida. ¿Qué hay? ¿Qué ha descubierto usted?
FERN. Que esta señorita es tan pura como un ángel, y tan inocente como su edad.
LUISA. Pero mamá, ¿qué es lo que os pasa á todos?
CAR. Calla, hija mia, ya lo sabrás.
PIMENT. Vamos, dénos usted cuenta de esos descubrimientos para decirle á usted los nuestros.
FERN. Como indiqué á usted ayer, hablé con el tio Juan antes de marcharme. Le pude arrancar la relacion á medias, y sobre todo las dos circunstancias que me iluminaron completamente. El suceso habia pasado la noche del 27 al 28 de julio, y en el momento de salir Espinosa por la puerta del jardin, se habia cerrado el único balcon de la fonda que da á ese sitio. Era menester averiguar á toda costa, quién se alojó en esa habitacion la noche del 27 al 28 de julio. (*Sacando un papel.*) ¿saben ustedes quién ocupaba en ese dia el gabinete de la fonda llamado del jardin, por ser el único que tiene vistas á él?
PIMENT. ¿Quién?
FERN. Sofia en compañia del conde del Espino, de quien se titula viuda.
CAR. ¡Ella!
PIMENT. ¡Sofia!
FERN. Aqui traigo legalizada la certificacion de constar asi en los registros de la fonda. Al jóven marqués de Espinosa le estaba sin duda prohibido verla delante del difunto señor conde, y al llamar este de improviso, el

comprometido marquesito saltó por el balcon para salvar la inmaculada honra de la Condesa...

CAR. ¡Qué infamia! ¿Y esa mujer ha querido hacer á mi hija víctima de su misma liviandad?

PIMENT. No hay que perder el tiempo. Es preciso hacerla venir en seguida.

CAR. Y llamar á mi hermano. (*Llama. A un criado que entra.*) A la señora condesa del Espino y al señor Duque que vengan al momento, al momento. (*Abrazando á Luisa.*) ¡Hija de mi vida! (*Váse el criado.*)

PIMENT. En mi concepto, debemos hacer que la misma calumniadora sea el instrumento de la rehabilitacion.

CAR. Pero ella se resistirá.

FERN. No lo crea usted, señora, tengo otros recursos mas fuertes todavia, para obligarla á hacer cuanto queramos.

CAR. No tengo confianza sin embargo. Es una mujer muy osada.

ESCENA VII.

DICHOS, *la* CONDESA *con aire desdeñoso y resuelto.*

COND. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa, Carolina, que me ha hecho usted llamar con tanta precipitacion? El criado no podia hablar. (*Con ironia.*) ¿Han descubierto ustedes?...

CAR. Que mi hija es inocente, y quién es su calumniadora.

COND. (*Con desden.*) ¿Y quién es ella? ¿Acaso yo?

CAR. Su calumniadora es la señora que en la noche del 27 al 28 de julio ocupaba en una fonda de Aranjuez el gabinete del jardin por cuyo balcon se arrojó el jóven marqués de Espinosa para salvar el honor de la comprometida dama. (*Con ironia.*) ¿La conoce usted?

COND. (*Sobresaltada clavando una mirada terrible en Sandoval.*) ¡Cómo! ¿Quién ha inventado esa infame impostura?

FERN. Yo, señora, que tengo la debilidad de no creer tampoco en la viudez de la condesa del Espino.

COND. Las palabras de usted no pueden hacerme daño ninguno... Yo apelaré de esta afrenta al Duque. (*Se dirige hácia la puerta.*)

PIMENT. (*Asiéndola de un brazo.*) No se precipite usted. El señor

Duque va á llegar ahora mismo para oir de su boca de usted que Luisa es inocente.

COND. (*Consternada.*) ¿Pero usted se ha dejado alucinar tambien por ese insensato?

PIMENT. Señora, me he dejado convencer por las pruebas.

COND. ¡Las pruebas!

PIMENT. Aqui tiene usted la certificacion sacada del libro de registro de la fonda. El testimonio del jardinero que vió cerrarse el balcon... y el del mismo marqués de Espinosa que podremos obtener muy pronto... Acaba de llegar á Cádiz. Este caballero posee otros documentos relativos al casamiento de usted...

COND. (*Reclinándose sobre un sofá.*) ¡Oh! yo me sacrificaré si es preciso, pero que...

CAR. No se trata de un sacrificio, sino de un castigo.

PIMENT. El Duque va á llegar. No queremos hacer á usted mas daño que el preciso. Si usted nos compromete su palabra de declarar la inocencia de Luisa delante del Duque, y de renunciar á su matrimonio saliendo inmediatamente de Madrid, nosotros respetaremos su desgracia. ¿Qué decide usted? (*El Duque aparece apoyado en el brazo de un criado.*)

COND. (¡Oh! yo me ahogo.)

ESCENA VIII.

DICHOS, *el* DUQUE, *apoyándose en el brazo de un criado.*

DUQUE. ¿Pero qué ocurre? Traeis alborotada la casa y me habeis hecho venir á arrastra. ¿Qué nueva desgracia? ¡Ah! Señora condesa.

CAR. No es sino una dicha muy lisonjera... Refiérasela usted, condesa. El Duque tendrá mucho gusto en saberla por boca de usted.

COND. (*Muy conmovida.*) Que la inocencia de Luisa es evidente.

DUQUE. ¡Evidente!

COND. Evidente: si, señor Duque; yo se lo juro á usted.

DUQUE. ¿Pues y el testimonio del jardinero?

COND. La equivocó con otra: en esa aventura hubo dos damas, una inocente y otra culpable. La inocente fué Luisa.

DUQUE. ¿Y la culpable?

LUISA. Qué pregunton eres, tio. No te basta saber que yo fuí la inocente.

DUQUE. (*Abrazándola friamente.*) Tienes razon, hija mia. (*A Carolina.*) Perdona si celoso de mi honra... ¿Y usted señor de Pimentel?..

PIMENT. Muy pronto tendré el honor de llamarme su sobrino. Si es posible mañana mismo.

DUQUE. Pero usted condesa, ¿qué tiene? ¿Qué palidez es esa?

FERN. Es natural, señor Duque, la emocion, la alegria...

COND. No, señor Duque, es el dolor. He tenido hoy una terrible nueva y mañana saldré de Madrid.

DUQUE. ¿Irá usted á Toledo?

COND. No; parto para Roma.

FERN. (Vamos, á conseguir la absolucion de sus pecados.)

DUQUE. ¡A Roma! Pero qué misterio es ese...

COND. Le ruego á usted que no trate de penetrarle.

DUQUE. Usted se sacrifica por alguien... (*Mirando á todos, y como adivinando.*) ¿Esa dama culpable?..

COND. (*Cubriéndose el rostro con el pañuelo y saliendo precipitadamente.*)

PIMENT. (*Alto.*) Era la condesa del Espino. (*La Condesa, que se habia detenido un instante en el dintel de la puerta, huye con precipitacion.*)

DUQUE. ¡Ah! (*Con explosion y abrazándolas.*) Venid á mis brazos y perdonadme. (*Sollozando.*) El culpable... el culpable he sido yo que me he enamorado de ella olvidándome de mis sesenta años.

FIN DE LA COMEDIA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de losaños mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.
Amar por señas.
Alumbra á tu víctima.
Amor de antesala.
A publico agravio pública venganza.
Antes que te cases...
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Bodas de un criminal.
Batalla de reinas.
Con razon y sin razon.
Cañizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Calamidades.
Contrastes.
Castor y Polux.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Delirium tremens.
Disfraces, sustos y enredos.
Dimas el titiritero.
El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballeroFeud al.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
El pacto de sangre.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El pollo y la viuda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.
El amor por la ventana.
El juicio público.
El todo por el todo.
El sitio de Sebastopol.
El querer y el rascar....
El dstino.
El molino de la ermita.
El corazon de un padre.
El jitano.
El padre del hijo de mi mujer.
El perro ó yo.
El hombre negro.
El fin de la novela.
En Aranjuez y en Madrid.
El conde de Selmar.
El filántropo.
El collar de perlas.
El ángel de la casa.
El que las da las toma.
El dómine y el montero.
El mejor amigo, un duro.
El árbol torcido.
El camino de presidio.
Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.
Fea y pobre.
Gato por liebre.
Grazalema.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Honra por honra.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.
Juicios de Dios.
La escuela de los amigos.
Los Amantes de Teruel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la nina.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
Los empeños de un acaso.
Las tres manias, ó cada loco con su tema.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos es pañoles ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.

La verdad en el espejo.
La boda de Quevedo.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La boudad sin la experiencia.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.
La resurreccion de un hombre.
Las Barricadas de Madid.
La Pasion de Jesus.
La alegria de la casa.
Las cuatro estaciones.
Las mujeres de mármol.
La flor del valle.
La choza del almadreño.
Los dedos huéspuedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La conquista de Toledo.
La Hiel en copa de oro.
La libertad de Florencia.
La Vaquera de la Finojosa.
La vida de Juan Soldado
La llave de oro.

La pluma y la espada.
Los pobres de Madrid.
La ninfa iris.

Por una hija!...
Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano,
Mariana Labarlu.
Mi suegro y mi mujer.
Marta la flamenca.

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!
Navegar á la ventura.

Oráculos de Talia.
Olimpia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.
Por un reloj y un sombrero.
Por ella y por él.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron d Madrid*)
Su imágen
Simpatia y antipatia
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.

Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir
Todos unos.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en diez minu
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un si y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una lágrima y un beso.
Una Virgen de Murillo.
Una aventura de Tirso.
Una leccion de mundo.
Una noche en blanco.
Una mujer de historia.
Una ráfaga.

Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
A última hora.
Alumbra á este caballero.
A Rusia por Valladolid.
Angélica y Medoro.

Catalina.
Clavejina la Gitana.
Cuarzo, pirita y alcohol.
Carlos Broschi.
Cupido y Marte.
Cuando ahorcaron á Quevedo.

Diez minutos de reinado.

El Vizconde.
El trompeta del Archiduque.
El amor y el almuerzo.
El Grumete.
El calesero y la maja.
El delirio.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
El sueño de una noche de verano.
Escenas en Chamberi.
El ensayo de una ópera.
Entre dos aguas.
El esclavo.

El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El perro del hortelano
El Sonámbulo.
El diablo en el poder.
El lancero.

Guerra á muerte.
Galanteos en Venecia.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
Gato por liebre.

Juan Lanas.

La litera del Oidor.
La Espada de Bernardo.
La Cotorra.
La cola del diablo.
Los dos Flamantes.
La vergonzosa en Palacio.
La Dama del Rey.
La Caceria real.
Los jardines del Buen Retiro.
La hija de la Providencia.
Los Comuneros.
Los dos ciegos.

La Estrella de Madrid (*Sum sica.*)
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el sueg omnibus.
Las bodas de Juanita.
La flor de la serrania
La Zarzuela.
La corte de Mónaco.
Los Madgyares.

Moreto.
Mis dos mugeres.
Marina.
Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gra Maestro.
Pablito. (Segunda parte de D. Si mon.)

Tres para una.

Un sombrero de paja.
Un dia de reinado.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.